

# PIERRE BOURDIEU, EL LENGUAJE Y LA COMUNICACIÓN: DE LOS MERCADOS LINGÜÍSTICOS A LA DEGRADACIÓN MEDIÁTICA.

Luis Enrique Alonso

*"Poder y saber se articulan por cierto en el discurso. Y por esa misma razón, es preciso concebir el discurso como una serie de fragmentos discontinuos cuya función táctica no es uniforme ni estable. Más precisamente, no hay que imaginar un universo del discurso dividido entre el discurso aceptado y el discurso excluido o entre el discurso dominante y el discurso dominado, sino como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes." Michel Foucault (1978: 122)*

## Introducción

La enorme repercusión que en los últimos años han tenido los trabajos sociológicos de Pierre Bourdieu ha creado una especie de espejismo en la recepción concreta de su obra, de tal manera que ya sea por la vía del deslumbramiento teórico – que lleva a utilizar las categorías de análisis propuestas por el autor francés sin ningún tipo de reanálisis, adaptación o salvaguarda teórica-, ya sea por la vía de la polémica abrupta y personal –donde autores enfrentados y antiguos colaboradores separados de su maestro mezclan temas personales, políticos y teóricos en una gelatina de temas poco propicios para el debate intelectual sosegado-, nos hemos encontrado ante una extraña situación en la que brillan por su ausencia lecturas que evalúen las aportaciones reales de su obra y todavía estamos a la espera de aportaciones que se despeguen de la “bourdieumanía” o de la “bourdieufobia”, para entrar en el análisis medido, crítico y concreto de sus esquemas de análisis<sup>1</sup>.

En este texto -y como mejor homenaje a la figura del sociólogo francés en el triste momento de su reciente fallecimiento- pretendemos revisar un concepto central en la posible sociolingüística de Pierre Bourdieu, concepto, por cierto, que da sentido al análisis sociológico de los discursos que propone, también muy polémicamente, el propio Bourdieu. Nos centraremos así en el uso y desarrollo del concepto de mercado lingüístico, sin intentar dar ningún veredicto general o final para la sociología de este autor francés, sino por el contrario, utilizando sus líneas temáticas para hacer una reflexión detenida del particular lugar que ocupa el análisis de los discursos en la práctica sociológica.

Además el concepto de mercado lingüístico se ha incrustado en el conjunto de herramientas que utiliza habitualmente la sociolingüística actual, y ya sea en las recientes presentaciones anglosajonas de la disciplina (Mesthrie, Swann, Deumert y Leap 2000: 316-353), ya sea en las introducciones francesas a este área de conocimiento (Calvet 1998: 78-81; Boyer 1996: 25-32), nos encontramos ya indefectiblemente con un capítulo dedicado a los mercados lingüísticos en la versión de Bourdieu y su escuela, tomado como uno más de los tópicos intelectuales que construyen el “mainstream” de la última teoría sociolingüística.

---

<sup>1</sup> De la abundantísima bibliografía reciente sobre Bourdieu podemos destacar visiones claramente positivas como las de Bonnewitz (1998), Pinto (1998) o Mounier (2001), presentaciones radicalmente contrarias como la de Verdès-Leroux (1998), e incluso introducciones con ánimo desinhibidamente pedagógico como la de Accardo y Corcuff (1998). En el ámbito español nos podemos encontrar con dos recientes, muy sustanciosas y muy diferentes obras sobre la figura de Pierre Bourdieu, obras que, además, van mucho más allá de las simples presentaciones son las de Vázquez García (2002) y Rodríguez López (2002).

La presencia del concepto de mercado lingüístico no ha dejado así de aumentar – incluso en intentos de construcción de aplicaciones metodológicas o instrumentales formales (Sankoff y Leberge 1978: 239-250)- y este aspecto de la muy extensa labor sociológica, tanto temática como ya temporalmente, de Pierre Bourdieu ha seguido llamando la atención académica. De hecho en Francia se ha reeditado recientemente el libro que Bourdieu monográficamente dedicó a los temas del lenguaje –su ya clásico ¿Qué significa hablar?. Economía de los intercambios lingüísticos- con el título y la presentación de John B. Thompson que toma de su versión inglesa – ahora, pues, Lenguaje et pouvoir symbolique-, así como con algún artículo más dedicado al tema de lo popular, al espacio de representación de las clases sociales y una pequeña introducción inédita a la última parte del libro que toma el muy revelador subtítulo de “Pour une pragmatique sociologique”.

## **1 Los mercados lingüísticos o la lógica de la dominación económica ampliada y aplicada al marco del lenguaje**

*"Lo que, fundamentalmente, desearía explicitar es un modelo muy simple que podría formularse así: habitus lingüístico + mercado lingüístico = expresión lingüística, discurso". Pierre Bourdieu (2000b: 120)*

El conjunto de determinaciones institucionales que las situaciones sociales de referencia proyectan sobre las interacciones lingüísticas y la producción discursiva son conceptualizadas por Bourdieu como un mecanismo de mercado. Los mercados de la interacción que dibuja Bourdieu no son mercados de intercambio entre valores iguales y soberanos, son situaciones sociales desiguales que llevan emparejados procesos de dominación y censura estructural de unos discursos sobre otros. Los diferentes productos lingüísticos reciben, pues, un valor social –un precio-, según se adecuen o no a las leyes que rigen en ese particular mercado formado por un conjunto de normas de interacción que reflejan el poder social de los actores que se encuentran en él. Las leyes de formación de precios en cada mercado lingüístico, que son las que dictan la aceptabilidad de los discursos y la legitimidad del habla, se construyen en contextos socio-históricos concretos y en función de las prácticas de los sujetos implicados en la negociación de los valores, cuyo poder, a su vez, está marcado por su posición estratégica en el espacio social de referencia<sup>2</sup>.

La estructura social del mercado lingüístico determina así qué es lo que tiene más valor en el intercambio lingüístico y los discursos no son otra cosa que las jugadas prácticas con las que los sujetos que intervienen en un mercado lingüístico, tratando de aumentar sus beneficios simbólicos, adaptándose a las leyes de formación de los valores y a la vez poniendo en juego su capital lingüístico, social y culturalmente codificado. El discurso, por tanto, lejos de cualquier código formal, lleva para Bourdieu la marca social –el poder y el valor- de la situación en que se ha producido. La misma producción del discurso se realiza anticipando sus condiciones de recepción en el mercado lingüístico, no tanto mediante la realización de un cálculo estratégico individual como por la adhesión naturalizada a los valores dominantes estructurantes y estructurados, en forma de habitus, en el propio mercado.

---

<sup>2</sup> Las principales referencias sobre el tema de el lenguaje, los mercados lingüísticos y la violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu son Bourdieu y Boltanski (1975: 2-35), Bourdieu (1985: 11-39 y passim), Bourdieu y Wacquant (1994: 118-151), Bourdieu (2000a120-137) y Bourdieu (2001a: 67-157 y passim).

De esta forma, Bourdieu va a extender su terminología y enfoque general para el análisis de las prácticas sociales –como prácticas de distinción, enclasmamiento y desclasmamiento- a la producción de discursos en los marcos de interacción lingüística. El mercado lingüístico conforma el campo de la interacción con sus leyes particulares de aceptabilidad de los discursos y prácticas lingüísticas, como un conjunto de relaciones de fuerza y dominación lingüística; mercado donde se hacen valer capitales lingüísticos y simbólicos provenientes de posiciones sociales consolidadas, a partir de estrategias expresivas –como la hipercorrección que ejercitan las clases medias en su lucha por el enclasmamiento o la hipocorrección controlada, la informalidad o la campechanía que muestran los que están en posiciones muy seguras de dominio social para hacer observar que tienen poder hasta para eludir la norma lingüística o simbólica en su provecho- que son disposiciones y competencias comunicativas aprendidas, naturalizadas y cristalizadas en forma de habitus preconscientes.

El intenso uso de la nomenclatura y el utillaje económico de filiación marxista, debidamente adaptada a los intercambios simbólicos (valor de uso, valor de cambio, plusvalía, capital, renta debidamente apellidados aquí como lingüísticos) en los análisis sociolingüísticos de Bourdieu está destinado a hacer visible cómo se articula y se ejerce el poder simbólico, a través de la producción y la circulación de los discursos, dentro de un mercado en el que el valor y el prestigio que puede traducir una formación discursiva se construye en el juego de interacciones que crean las acciones y decisiones de los grupos de poder establecidos en un campo social. Es en este mercado donde se establecen las condiciones que los discursos deben presentar para ser reconocidos como competencias lingüísticas efectivamente solventes y, por ello, como capital lingüístico que produce beneficios en forma de autoridad y prestigio en la interacción social.

El valor general de los discursos está en función, de esta forma, de los poderes de aquellos grupos que tienen la capacidad de intervenir con resultados sociales efectivos en el mercado lingüístico. El valor particular de cada enunciado depende, igualmente, de la habilidad que tenga cada sujeto de convencer a sus virtuales receptores de la legitimidad, autoridad y ajuste a las fuentes de poder de su discurso específico. Por lo tanto, la performatividad de los actos de habla sólo se puede explicar por la fuerza delegada que le otorgan a los discursos los grupos sociales que construyen conflictivamente las leyes del mercado lingüístico, en cuanto que escalas de valores con las que se evalúa la eficacia simbólica real y el poder efectivamente ejercido por los hablantes en los intercambios comunicativos.

Por lo tanto, los discursos sólo cobran su valor –y su sentido- en relación con un mercado, construido por un conjunto de leyes concretas de formación de precios. El valor real del discurso sólo depende de la relación de fuerzas que se establece efectivamente entre las competencias lingüísticas de los locutores entendidos no sólo como capacidad de producción, sino también como capacidad de apropiación de los capitales simbólicos que circunscriben el campo en el que se realiza la interacción comunicativa. De esta forma el poder del discurso –como poder lingüístico, como poder simbólico- se muestra en la capacidad que tiene los diferentes agentes que actúan en el intercambio para imponer los criterios de validación más favorables para sus productos lingüísticos.

Bourdieu, de esta forma, considera que la base, unidad y coherencia formal de ese desigual y fragmentado espacio conformado por un conjunto de mercados lingüísticos lo establece la autoridad institucional de la lengua oficial. Por ello, el autor francés considera que la lengua estándar crece con el Estado en su génesis y en sus usos sociales legitimados. El mismo proceso de formación del Estado es el que crea las

condiciones para la constitución de un mercado lingüístico unificado, esencialmente normalizado y dominado por la lengua oficial. Institución política e institución lingüística son así indisolubles –ya sea en los mercados genéricos de la lengua oficial o en los mercados lingüísticos internos de los diferentes campos (profesionales, académicos, laborales, artísticos, etc.) donde se producen intercambios simbólicos sobre un espacio de poder concreto- y, en un último nivel, la lengua del Estado transmitida a través de las instituciones (escuela, administraciones públicas, normas de aceptación ciudadana) se convierte en la norma teórica con la que se miden objetivamente todas las prácticas lingüísticas. En suma, la lengua estándar es producto de la dominación política constantemente reproducida a través de las instituciones, a la vez, que es un instrumento simbólico de poder que regula las prácticas lingüísticas.

## 2. La propuesta sociolingüística de Pierre Bourdieu

*“La homología de posiciones y la orquestación más o menos perfecta del habitus favorece un reconocimiento práctico de los intereses, de los cuales el locutor es el portavoz, y de la forma particular de la censura que prohíbe su expresión directa: y este reconocimiento en el doble sentido de directamente acceso, fuera de toda operación consciente de desciframiento, a lo que el discurso quiere decir”. Pierre Bourdieu (1991: 98)*

Bourdieu trata de superar el carácter fenomenológico y microsituacional de la etnometodología y la sociolingüística norteamericanas integrando su visión del lenguaje en su teoría del habitus y del sentido práctico (Bourdieu 1991). Por otra parte, la teoría lingüística derivada del inconsciente epistemológico del estructuralismo parte de la posición del observador externo; a partir de lo cual se tratan a los discursos como textos a decodificar en un proceso en que los textos aparecen para ser descifrados, hallando su estructura subyacente y su lógica de composición interna. Este enfoque olvida, según Bourdieu, radicalmente lo fundamental: que la práctica discursiva es una práctica que funciona en un contexto de posiciones sociales prefiguradas y que tiene igualmente su sentido en la búsqueda de efectos sociales. El fetichismo de la lengua y de la lingüística privilegia la visión de un intelectual que puede diseccionar, disecar, analizar y clasificar textos y partículas obviando o despreciando los poderes –a la vez históricos e inmediatos- que se ponen en juego en lo que parece un puro acto de enunciación verbal.

Las habilidades lingüísticas, al igual que todas las competencias sociales, se adquieren en la práctica, a través de un proceso de aprendizaje y socialización en las normas discursivas del grupo en el que el sujeto es producido. Los discursos reproducen los esquemas fundamentales de la división del mundo social, los sujetos adquieren las competencias sociales –incluidas las lingüísticas- que las construyen y las constituyen no como individuos abstractos –una especie de homo lingüisticus- sino como un grupo social. Del mismo modo la producción de enunciados se realiza en situaciones sociales y para adaptarse estratégicamente a esas situaciones sociales, el sentido de los discursos es el sentido de estas situaciones sociales y de la manera de adecuarse a ellas; es un sentido práctico que de manera inconsciente o preconsciente –aunque no por ello reprimida o alienada- utiliza el mundo del lenguaje para construir el mundo de lo social, por lo tanto, el lenguaje no se entiende ni se construye en su fuerza real desde sí mismo –en su lógica, en su gramática, en su estética-, sino desde su sentido práctico en el campo social.

Los procesos de interpretación y análisis de la significación de los discursos deben de hacerse pues siguiendo este sentido práctico; sentido que al ser también la composición y la interacción de diferentes habitus acaba componiéndose, naturalizándose y aceptándose como un sentido común que iguala y legitima lo que es una construcción de poderes lingüísticos desiguales y arbitrarios. El análisis del discurso tal como lo propone Bourdieu es una conquista contra el sentido común de la enunciación –la doxa–, una ruptura epistemológica contra todo lo que parece fuera de los dominios de lo social y que, sin embargo, hay que colocarlo en lo social más inmediato, como un oficio de auténtica heterodoxia, para poder comprender el acto de hablar mismo. Lo esencial de su conclusión es que las diferencias entre posiciones sociales, más que las posiciones mismas, son lo que está en juego en el mundo del lenguaje (y del consumo, y del derecho y del arte, etc.) y el orden simbólico del decir queda definido no por una lógica signifiante, sino por un conjunto de diferencias de situación (estructuras estructuradas) y de posición (estructuras estructurantes) en sistemática expansión conflictiva. Las diferencias de posición no tienen fin, se renuevan permanentemente –no están limitadas ni por recursos escasos ni por los niveles de riqueza disponibles– en la dinámica social misma; el juego del lenguaje se produce en la rivalidad de las posiciones sociales y en esta rivalidad se producen siempre diferencias nuevas y se acumulan capitales simbólicos que estimulan a producir nuevos discursos y jugadas simbólicas. De ahí que la institución que por analogía Bourdieu elige para representar los intercambios lingüísticos sea el mercado.

Los mercados lingüísticos se definen así, a través de prácticas simbólicas relacionales, de clase, económicas en un sentido total, de fuerza de sentidos y significados. El análisis del discurso se convierte por ello en un análisis estructural de las relaciones de clase, lo que implica tener en cuenta no sólo determinaciones económicas, sino también prácticas culturales y cadenas simbólicas que constantemente reproducen las formas de subjetivación del sistema de posiciones sociales y las formas de exteriorización de la subjetividad como jugadas de posicionamiento y reposicionamiento en la red de relaciones sociales. La dicotomía del marxismo ortodoxo entre lo ideológico y lo económico, es sobrepasada en el planteamiento de Bourdieu construyendo una economía general de las prácticas en las que los sistemas simbólicos – el arte, la religión, la lengua– tienen una función estructuradora y totalizadora, inseparables del mundo objetivo.

La idea de mercado lingüístico trata de representar el lenguaje a partir del conjunto de elementos de estructuración del espacio social y la profundidad de sus consecuencias. El enclasmamiento y la distinción de clase son las fuerzas que ordenan, organizan y reconstruyen el campo lingüístico como un espacio social que se presenta fragmentado por un conjunto de relaciones que definen las diferentes partes en conflicto. La hipótesis general de la distribución de los agentes sociales en un espacio de clases que tiene efectos en todos los dominios de la práctica se expresa en el lenguaje y los intercambios simbólicos de los agentes. La lucha de clases se expande, así, a todos los ámbitos –económico, político, cultural, lingüístico– y el ejercicio del poder se demuestra a través del poder simbólico que enmascara la dominación presentándola como realidad legítima cuando en realidad se basa en la ocultación de su base, eso es, la posesión y el acaparamiento de diferentes tipos de capital<sup>3</sup>. La violencia simbólica

---

<sup>3</sup> Sobre la idea de diferentes tipos de capital que funcionan de manera parcialmente autónoma, pero con homologías y conexiones evidentes, así como de sus efectos en forma de poder y violencia simbólica ver: Bourdieu (1997: 23-40), Bourdieu (1999 65-75), Bourdieu (2000b: 131-175). El sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander (2000) ha criticado el reduccionismo crítico de Pierre Bourdieu al construir la cultura

responde a la desigual distribución del capital lingüístico y cultural estableciendo un sistema de censuras que reproduce la dominación en el campo simbólico, traduciendo la lucha de clases en un sistema de intercambios comunicativos. El lenguaje como institución renueva la estructura dominante de distribución desigual del capital cultural, legitima la desigualdad, naturaliza la exclusión y participa en la reproducción del orden social, imponiendo la violencia simbólica, induciendo códigos, pero otorgando, a la vez la fantasía de la libertad, la creación y el mérito individual; estamos, en suma, en una práctica de distinción que mantiene las distancias de las posiciones sociales.

El análisis del discurso por Bourdieu es así un análisis de la producción lingüística como un conjunto indivisible de los productos y de los agentes productores y en tanto que estos están situados en un sistema relativamente autónomo de posiciones – el mercado lingüístico- y poderes en competición por la conquista del prestigio y de la autoridad. No existe una exacta coincidencia entre la dominación económica y las diferentes formas de dominación simbólica, lo que existe en una composición de estas diferentes formas y una homología entre los campos. La dominación final es una sumatoria lógica de los diferentes campos y el estudio de la lengua sólo puede realizarse en ese conjunto de fuerzas que enmarcan el sistema de dominación; los discursos se generan, se aceptan y se valoran en él y sólo en él pueden ser interpretados<sup>4</sup>.

El modelo de análisis del lenguaje en Bourdieu es, pues, la evaluación de todas las consecuencias de las estructuras sociales y de las estructuras simbólicas. El ajuste del sistema de posiciones y relaciones sociales es condición necesaria para el análisis de las producciones lingüísticas. Siguiendo las cadenas de prácticas es como se pueden observar los efectos reales del habla y los comportamientos lingüísticos individuales tienen su eficacia simbólica en cuanto que son valorados al producir distinción, reconocimiento y diferenciación social. Los actos particulares de habla, por lo tanto, no se producen como actos racionalizados, individualizados y calculadores, sino como exteriorización práctica de un habitus que aquí es un habitus lingüístico, definido por un conjunto relacionado de disposiciones adquiridas, esquemas de percepción y de apreciación de la realidad, así como de actuación en ella, inculcados en un contexto social y una situación histórica determinada. El habitus es simultáneamente productor de prácticas sociales simbólicas e ideológicas construyendo una gramática generadora de prácticas, mediadora entre las relaciones socialmente objetivas y los comportamientos individuales, producto, a su vez también, de la interiorización de las condiciones objetivas y de las estrategias de adaptación de los actores a un campo.

La interiorización o aprehensión perceptiva –sensible y/o imaginaria- se completa con la exteriorización de los esquemas inconscientes del pensamiento por los que se valoran las prácticas que los agentes realizan a través de la ilusión ‘bien

---

como un simple capital cultural, o sea, un elemento de dominación social y no como un regulador general de la vida social misma, tal como él mismo propone en su propio programa de investigación -de clara filiación parsoniana- conocido ya como nueva sociología cultural, así la sociología de la cultura de Bourdieu -que no sociología cultural de Bourdieu, según Alexander – no sería nada más que un pretexto para la crítica del poder, pero no un análisis real de las funciones de la cultura en la constitución del vínculo social.

<sup>4</sup> El sociólogo argelino Lahourai Addi (2002) nos muestra con solvencia como el centro de la sociología y la antropología de Bourdieu es una sociología de la dominación colonial inscrita en una especie de "paradigma kabyle" que surge de los primeros trabajos empíricos de Bourdieu en Argelia y que luego se disemina por toda su obra tomando una consistencia y una coherencia feroz. Como en tantas otras cosas este enfoque arrastrado desde sus primeras obras -sugerimos desde estas líneas- puede ser un valor intrínseco en la obra de Bourdieu, pero también un desenfoque sistemático al generar por analogía argumentos demasiado cerrados cuando se aplican a situaciones y sociedades más fluidas y abiertas.

establecida” de la espontaneidad y la libertad radical de los actos lingüísticos. Sin embargo, según Bourdieu todos los pensamientos, percepciones y acciones están de acuerdo con las regularidades objetivas de las relaciones de clase. Los habitus de clase son tal cual, porque producen que los agentes se comporten de una manera que perpetúa las relaciones de clase reproduciéndolas y renovándolas. Los habitus lingüísticos son en el campo del lenguaje los elementos de anclaje de la reproducción cultural y los discursos las estrategias de los actores para moverse en ese campo sacando el mayor beneficio simbólico posible, por ello, al ser este campo estructuralmente desigual y jerarquizado bajo la apariencia de intercambios iguales y creativos lo que existe es la imposición de los capitales simbólicos de las clases dominantes. La fuerza de la lengua no viene pues de su estructura formal sino de su actividad relacional en forma de mercado, donde todos acuden a intercambiar para obtener beneficios, pero unos son capaces de obtener plusvalías y otros, sin embargo, son expropiados de sus exiguas riquezas, aunque en la presentación liberal del lenguaje y (la economía), todos seamos sujetos soberanos y el intercambio cree riquezas para todos.

En toda situación social vamos a hallar tanto modelos socioculturales de aceptabilidad y censura de los discursos generados en contextos determinados, como individuos con determinados habitus –esquemas interiorizados (hasta su incorporación corporal) que compatibilizan la competencia comunicativa con el sentido como valor y producción social- así como con diferentes niveles de capital simbólico y lingüístico, según los cuales existirán mayores o menores posibilidades de poder definir la situación y modificar la estructura de lo decible. Es en la intersección de este complejo conjunto de relaciones donde se va a producir el discurso y donde debe analizarse e interpretarse.

El proyecto sociolingüístico de Bourdieu se tiñe así de una rara originalidad, no es el primero que habla de mercados lingüísticos, de hecho, la primera búsqueda sistemática para encontrar una homología estable entre el análisis económico –de origen marxista- y el análisis semiótico lo hizo el autor italiano Ferruccio Rossi-Landi en su muy conocido texto El lenguaje como trabajo y mercado donde se consideraban las mercancías como mensajes y los mensajes como mercancías y donde se elaboraba toda una semiótica ampliada del orden social completo como proceso de producción sígnica, con todos los corolarios lógicos y esperables de un punto de partida como este (equivalentes generales, explotación, ideología). Pero desde todo punto de vista y aunque existan evidentes semejanzas terminológicas la intención teórica de Bourdieu es muy distinta, si en Rossi-Landi (1970; 1976) había un programa de saturar con una teoría marxista del valor ampliada (donde se reconoce el conflicto y la explotación en el ámbito de los sistemas comunicativos) la habitual teoría de raíz saussuriana de los valores lingüísticos particulares, ordenados y sistematizados lógicamente en su diferencia semiológica; por el contrario Bourdieu se centra en los efectos sociales del discurso, no preocupándose como Rossi-Landi por hacer una nueva lingüística marxista, sino estudiando las estrategias del habla de los diferentes grupos sociales que son estrategias de dominación, de adaptación, de resistencia o de enclasmiento en el ámbito del lenguaje.

De esta forma la sociolingüística de Bourdieu se va diferenciando de las líneas habituales por las que han avanzado los diferentes proyectos de encuentro entre lengua y sociedad en los últimos cien años. Es evidente que la diferencia con respecto al estructuralismo de origen lingüístico es radical criticándole la confusión sistemática entre estructura social y estructura simbólica, la consideración de la lengua como un sistema preconstruido y cerrado y la idea de que la naturaleza social de la lengua, que es una de sus características inalienables, queda expulsada y sustituida por una descripción

de la arquitectura interna, formal y combinatoria, a la que se entrega la lingüística profesional dejando fuera a la principal norma de formación del lenguaje: la relación de dominación social. Pero si la representación puramente objetivista y estructuralista del sistema lingüístico no permite comprender ni su funcionamiento ni su fuerza cotidiana, la representación puramente fenomenológica de los rituales lingüísticos aunque permite una descripción viva tampoco es capaz de analizar las relaciones entre las producciones subjetivas de los agentes en los intercambios lingüísticos y las estructuras sociales de dominación y reproducción del poder.

De ahí que viene reclamar ese habitus lingüístico como la aprehensión y la expresión subjetiva de la lógica objetiva de la organización social, en un proceso de interiorización de lo exterior regulada por factores genéticos-adaptativos adquiridos en el mismo proceso de socialización del individuo como modo de percepción y relación conductual con otros individuos. Bourdieu se posiciona, por tanto, contra cualquier ilusión de las competencias comunicativas como creadoras de un individuo libre no sometido a las acciones y reacciones de fuerza de los campos sociales en los que se mueve, así como de la exaltación de la creatividad y plasticidad de los grupos lingüísticos populares, dominados o marginados.

Por ello nos encontramos en la obra de Bourdieu serias correcciones al idealismo comunicativo de Habermas, puesto que la comunicación no sólo puede ser entendida en términos de la comunicación misma, o a la pragmática analítica de Austin, por ser incapaz de explicar de donde viene la fuerza performativa de las palabras, sin olvidar a la etnolingüística y la sociolingüística norteamericana, por ejemplo de Lakoff o de Labov, donde se empieza por la observación supuestamente neutral pero fascinada de las variaciones de estilo, sobre todo de las versiones populares del idioma, y se acaba reclamando implícita o explícitamente una inversión de valores sobre lo tradicionalmente establecido (lo culto y lo popular) sin estudiar las funciones del lenguaje en el entramado de fuerzas sociales que modela la producción lingüística.

De todo esto se deduce además una crítica a la simple validación del estudio del lenguaje por el carácter popular o natural de las expresiones lingüísticas que se describen, por ello, y en sentido contrario, en Bourdieu existe un proyecto de generalizar y dotar a la filosofía analítica del lenguaje de la base sociológica de que carece y de proporcionarle un análisis total de las condiciones sociales que posibilitan el proceso de generar efectos que describe. Para eso se utiliza la homología económica y las reglas del mercado lingüístico como formas de producción y reproducción de la lengua legítima en procesos de atribución de precios y previsión de beneficios<sup>5</sup>. El círculo se cierra, pues, disolviendo el lenguaje en la sociedad y la sociedad se muestra como economía general (material y simbólica) de prácticas y contraprácticas de clasificación y dominación.

### **3. De la sociología del lenguaje al sociologismo sin lenguaje o los límites del modelo interpretativo de Bourdieu**

---

<sup>5</sup> Diferentes versiones, a modo de balance, sobre el proyecto sociolingüístico de Bourdieu se pueden ver los trabajos de Muñoz Dardé (1987: 41-57) y Calvet (2002: 58-61), también es muy clarificador el diálogo que mantiene Bourdieu con el crítico literario inglés Terry Eagleton en Bourdieu y Eagleton (2000: 219-232).

*"La crítica de Bourdieu a la lingüística formal no es de hecho ninguna novedosa, pues no es más que un alótrofo de su teoría general y específicamente, de sus teorías de la reproducción y la violencia simbólica [...] Más concretamente, a pesar de su énfasis inicial sobre la variación lingüística dentro de un mercado, la posición final de Bourdieu sugiere una visión del lenguaje (y del pensamiento) que es más homogéneo y conformista -como resultado de la censura, ya sea autocensura, sobrecensura institucional o la censura oculta de la doxa- que cualquier otra cosa. Las palabras tienen poder en el mundo de Bourdieu, pero ese poder parece que sólo fluye en una dirección". Richard Jenkins (2002: 156-157)*

Es evidente que la aportación de Pierre Bourdieu al acercamiento entre la sociología y la lingüística ha sido enorme, además como desde muchos puntos de vista se ha argumentado la disciplina tradicional de la sociolingüística como marchamo académico regularizado se había venido dedicando más a problemas estrictamente lingüísticos (cambio o variación lingüística, ideolectos y sociolectos, nacionalismo y lenguaje, hipercorrección, habla común, cualquier otro tema de la influencia de lo social sobre el lenguaje) que a temas de corte realmente sociológico. En este sentido el trabajo de Bourdieu por romper los principios de inmanencia lingüística que se arrastran desde Saussure y que ha lanzado al estudio del lenguaje por una especie de ‘lingüística del cerebro’ (realizada sobre sistemas de oposición y de transformación lógica) ha sido contundente y hasta fascinante, sobrepasando con mucho las posiciones más avanzadas de la etnolingüística y la sociolingüística norteamericanas, fuertemente influenciada por el interaccionismo simbólico y, por lo tanto, mucho más centradas en los procesos de construcción lingüística de la microsituación social que en demostrar –como pretende Bourdieu- que los códigos lingüísticos son parte de un capital simbólico que, a su vez, valoriza, produce y reproduce lo social genérico.

Bourdieu explica, pues, el habla por el contexto social y su noción de contexto no aparece como situación particular, tal como se presenta en todas las versiones del pragmatismo ‘micro’ o del interaccionismo, sino que Bourdieu lo lleva hasta un espacio social y concreto, pero no concreto por la limitación o la supresión de las determinaciones generales como hacen los pragmatistas, sino, precisamente por todo lo contrario, por hacer entrar en liza todas las sobredeterminaciones sociales posibles

Pero quizás, como tantas veces, la gran aportación de Bourdieu se vuelve contra sí misma y su contribución a la sociolingüística no puede ocultar una deriva no tanto sociológica, como sociologista, en una de las versiones más estrictas de lo que entendemos por sociologismo (Rancière y ortos 1994), esto es, la pretensión de explicar sociológicamente todos y cada uno de los aspectos de la realidad humana, lo que en última instancia no es más que un determinismo o un reduccionismo sociológico que tiende a explicar los fenómenos de la civilización, la mente y la cultura exclusivamente mediante formas de organización y estructura social (Searle 2001: 103-123), sin abordar los aspectos de organización cognitiva que el propio lenguaje interpone en la construcción de la realidad social misma.

Si los juegos del lenguaje son infinitamente abiertos y libres en el pragmatismo analítico, los juegos del lenguaje en Bourdieu son eternamente cerrados y reproductivos, los sujetos existen por y para realizar su habitus. En este punto la matriz durkheimiana de la sociología del lenguaje de Bourdieu es evidente y donde en el clásico autor francés se dibujaba una solidaridad orgánica y una consciencia colectiva funcional, en nuestro sociólogo contemporáneo hay un modo de dominación orgánica con un sistema de habitus no menos funcional en su diferencia y valor de distinción. De la misma forma su filiación al denostado estructuralismo lingüístico sigue siendo inocultable y lo que en Saussure era un ‘comunismo lingüístico’ –la expresión es del propio Bourdieu (por

ejemplo, Bourdieu y Wacquant 1994: 123-126)- con diferencias y valores ordenadas en el sistema de la lengua, aquí no deja de ser un capitalismo lingüístico (no hay otra cosa detrás de la noción de mercado lingüístico) con diferencias y valores ordenados y reproducidos por el sistema de dominación social.

El hecho social durkheimiano -objetivo que se impone sobre los sujetos- y que tanta importancia ha tenido en la propia formación del paradigma estructuralista en la lingüística, vuelve a reaparecer en la concepción que presenta Bourdieu del lenguaje, pero esta vez, cargado del funcionalismo de la dominación con escasas –por no decir nulas- aperturas a la praxis o al dialogismo. La inteligente maniobra de Bourdieu, muchas veces más terminológica que real, de atribuir al habitus y fundamentalmente al habitus lingüístico el carácter, no sólo de estructura estructurada, sino el de estructura estructurante (es decir formadora de prácticas), no deja de seguir otorgando un carácter excesivamente reproductivista al plan de análisis social propuesto por Bourdieu<sup>6</sup>.

Centrar como hace nuestro autor el análisis del discurso casi exclusivamente en la violencia simbólica, planteado como una reconstrucción necesitante, frente a la comprensión participante de, por ejemplo, la hermenéutica contemporánea nos lleva peligrosamente hacia el monologismo, un monologismo crítico y denunciador de la dominación, pero monologismo al fin y al cabo<sup>7</sup>. En la idea de la reconstrucción necesitante (Bourdieu 1995: 442-443) hay una pretensión de objetivismo y descripción (denuncia) del campo de fuerzas que ha producido las expresiones lingüísticas –los discursos son necesarios en un campo conflictivo- que deja fuera las capacidades de interpretación de los factores -empezando como pretende Gadamer (1998: 11-27) a interpretarse a sí mismo en diálogo con el enunciado o la obra- o las posibilidades de acción comunicativa del lenguaje de los sujetos sociales, donde no sólo se pone en juego un interés instrumental, sino también un interés hermenéutico o incluso un interés emancipatorio. Abrir el mundo del lenguaje al dialogismo, es, sin obviar el marco de la dominación social, apreciar también las capacidades de autoorganización y autoreflexión de los sujetos, de construcción y atribución del sentido por parte de los propios actores y no sólo la descripción de cómo los sentidos de los poderosos se imponen a los dominados (Habermas 1991).

Y es que, aunque se halla pretendido lo contrario -ver por ejemplo Burkitt (1998)-, es este bloqueo de Bourdieu para pensar lo dialógico en todas sus versiones, es el que genera la imposibilidad estructural de nuestro autor para acercarse, desde sus planteamientos epistemológicos y metodológicos, a conceptos imprescindibles en el análisis sociológico de los discursos como es el de la polifonía o el mundo de la vida cotidiana (Alonso 1998; Alonso y Callejo 1999). Así consecuentemente con estos

---

<sup>6</sup> Sobre la importancia del concepto de hecho social tal como se plantea en la obra del clásico autor francés en la formación del concepto de lengua en la obra de Saussure, puede verse el trabajo de Beltrán (1991). Por otra parte el reproductivismo –heredado tanto de la matriz Durkheim, como de la matriz Saussure- ha sido una de las críticas más habituales al pensamiento de Bourdieu, demasiado centrado en los procesos de continuación y poco abierto a estudiar los procesos de resistencia, véanse así, por ejemplo, los trabajos de García Canclini (1990), Giroux (1992) y Lane (2000).

<sup>7</sup> Esta es una crítica habitual que se despliega desde diferentes círculos de orientación hermenéutica, así nos encontramos con la típica argumentación heideggeriana y liberal de Luc Ferry y Alain Renaut (1988: 34) donde afirman que se corre el riesgo de caer en una caricatura como la que incitó a Bourdieu hace algunos años a reducir, sin otra forma de proceso, el sentido de toda diferencia comunicativa, filosófica y existencial a la expresión de una voluntad social de distinción. Pero es evidente que el desafío hermenéutico en las ciencias sociales está planteado y como dice Zygmunt Bauman (2002b: 226) "la verdad de la sociología debe ser negociada, de igual manera que o es el consenso corriente; y las más de las veces no son los sociólogos quienes establecen las reglas de la negociación".

planteamientos, que se arrastran en la obra de Bourdieu desde la época de libros como El oficio del sociólogo<sup>8</sup> en el que se plantea el conocimiento como una conquista contra el sentido común, una doxa con la que hay que cortar y separarse en la crítica (Bourdieu, Chamboredon, Passeron 1996), todo lenguaje "popular" es considerado como una ausencia de poder, algo que se entiende por el poder que no tiene, porque en la homología con la economía que aquí se despliega, tienen escaso capital simbólico o lingüístico. Todo lo contrario al planteamiento de Mijail Bajtin donde todo acto lingüístico es un acto que necesita al otro, como otro concreto, que implica ideología, pero por eso mismo implica acción, creación y reacción, praxis social que se produce desde todos los espacios de la estructura social<sup>9</sup>.

De esta manera muchos autores han subrayado la dimensión creativa del acto lingüístico, inseparable de la estructura social, pero no por ello puramente reproductivo de ella. Si Zygmunt Bauman (2002a: 245 y 289) defiende el carácter de praxis de toda cultura, más allá del funcionamiento de cultura como concepto o como estructura, Cornelius Castronadis (1997), nos define las propiedades del lenguaje no sólo en su dimensión instituida, sino también en su dimensión instituyente, y, en suma, se nos avisa de que el lenguaje no es sólo sistema, ni sistema lógico inmanente –como propone el estructuralismo lingüístico antropológico –un sistema de dominación social –como pretende Bourdieu-, sino también una praxis conflictiva que se produce en el mundo de la vida cotidiana. La versión más abierta de este enfoque la realiza Michel de Certeau (1990) cuando habla de la invención de lo cotidiano para recobrar el carácter intersubjetivo y creativo del lenguaje, puesto que una de las funciones específicas del lenguaje consiste en construir sentido, en crear significados intersubjetivos más allá de la simple denominación o descripción unilateral. Siempre hay relaciones ambiguas –por abiertas- entre los productos culturales (y lingüísticos) y las prácticas culturales (y lingüísticas), el consumidor cultural es también productor, produce sentido cotidiano al

---

<sup>8</sup> Lejeune (2001) contrapone con eficacia El oficio del sociólogo de Bourdieu, Passeron y Chamboredon con los Estudios en Etnometodología de Garfinkel (1984) como obras, publicadas ambas a finales de los años sesenta, y convertidas en manifiestos de dos de los cabezas de fila de la renovación radical dos programas de investigación –en el sentido más restrictivo del concepto- históricos en la sociología, hoy más complementarios que sustitutivos, así si en Bourdieu se sigue, refina y multidimensionaliza la idea durkheimiana de los hechos sociales como cosas, en Garfinkel se radicaliza la visión fenomenológica y etnográfica de acción social como fenómeno permanentemente creado y creador de sentidos realizada sobre y por sujetos sociales concretos. En esta misma línea es muy curioso que en uno de los últimos textos firmados en su vida por Pierre Bourdieu, un prólogo sobre la obra de otro grande de la sociología de orientación etnometodológica y fenomenológica –pasada por la revolución cognitivista- Aaron Cicourel; Bourdieu y Winkin (2002: 9-19) se dedican a ponderar más las actitudes de investigador dentro del campo sociológico de Cicourel: su heterodoxia, rigor, ascetismo, su práctica científica, pero apenas dicen nada de lo importante de sus contribuciones e incluso de lo difícil que supone casar la orientación de la sociología cognitiva de Cicourel (1979) con el proyecto sociológico de Bourdieu, dando la impresión de observar los productos de la sociología más por la actitud esforzada del sociólogo que la realiza que por la enorme riqueza de sus contribuciones intelectuales. Finalmente uno de los discípulos más brillantes y activos de Pierre Bourdieu, Philippe Corcuff (2002: 175-195) desde sus experiencias de compromiso con los movimientos sociales, habla ya de romper ese marco epistemológico tan enconsertado que separa el conocimiento científico y el conocimiento ordinario y, no por casualidad apuesta por dialectizar y complejizar sus relaciones acudiendo a diferentes tradiciones críticas de la sociología incluyendo a las escuelas que abordan el tema del conocimiento ordinario.

<sup>9</sup> La idea de cultura popular ha estado presente en el centro de obra de Bajtin (1987) y además ha servido para presentar una de las más fundadas críticas a Bourdieu por parte de Grignon y Passeron cuando acusan a Bourdieu de malentender y despreciar todo aquello que no comporte el valor de distinción de la cultura oficial y de las clases medias (Grignon y Passeron 1992). Las contrapropuestas un tanto despreciativas de Bourdieu se encuentra en Bourdieu (2001a: 132-155). Para una introducción de la obra de Bajtin desde el ámbito de la sociolingüística y el análisis del discurso en el que se hace referencia también al trabajo de Bourdieu, ver Peytard (1995).

consumir, los sujetos son capaces de modificar la intención predeterminada en los productos lingüísticos y cambiar su sentido. Esta capacidad reflexiva del lenguaje es la que hace que la ideología no sólo tenga un carácter reproductivo ocultador y deformante, sino también creativo, inventivo y resistente.

Ya frontalmente contra Bourdieu, Michel de Certeau<sup>10</sup> se pronuncia contra la imagen de radical pasividad para la creación de sentido que tiene el concepto de práctica en Bourdieu, prisionero del habitus y reducido a usos lingüísticos planteados como supuestas estrategias para ganar poder, que por variados que se presenten son eternamente reproductivos, calculadores, estratégicos. Pero Certeau –y otros autores<sup>11</sup>– nos recuerdan también el carácter gratuito y de don que tienen muchos de nuestros actos culturales y lingüísticos, la comunicación es estrategia, pero también es cooperación y donación; es reproducción, pero también es reconstrucción, reelaboración e incluso invención a partir de materiales preexistentes. En la condición de sujeto está la condición de productor de narraciones, narración que unifica sustancialmente a prácticas culturales, lingüísticas, sociales, etc., cada producción, diría de Certeau es una reelaboración, una redefinición desde la experiencia, que implica no sólo aceptación sumisa, sino resistencia creativa. Bourdieu, por tanto, había planteado muy bien la dimensión dominación simbólica del lenguaje, pero se despreocuparía de la dimensión donación y cooperación o de incluso de la dimensión reconstrucción y resistencia, algo que no se puede dejar fuera en los juegos pragmáticos que toda práctica comunicativa comporta. Michel de Certeau indica, además, que estas operaciones de utilización o reutilización simbólica corresponden al antiguo arte del "hacer", son usos, designando con ello acciones que tienen sus propias lógicas y sentidos y que organizan callada y cotidianamente el trabajo del consumo de producción cultural. Los consumidores de

---

<sup>10</sup> Frente a la gran rigidez y su fijación en la reproducción del campo que se percibe en el concepto de práctica que se deriva de Bourdieu es muy conocido que para Michel de Certeau (1990: 82-97), los públicos son productores activos y manipuladores de significados y por tanto los sujetos sociales son concebidos como lectores que se apropian de los discursos populares y los recrean en procesos de permanente resignificación y resimbolización de un modo que les sirve para diferentes intereses. La experiencia de toda comunicación, desde la más horizontal a la más jerárquica en su emisión se transforma en la base de una rica y compleja cultura en la que la hibridación ente los sentidos comunes (como creados por la comunidad) y los poderes se hace permanente. Desde esta perspectiva los sujetos sociales se convierten en una especie de cazadores e hibridadores de textos y discursos, en una progresiva lucha por la reposición del texto y el control de sus significados. Toda lectura establecida institucionalmente como única y verdadera, la experta, la del especialista que domina y establece un único significado, la del mayor capital simbólico y cultural, la de los valores del poder es fagocitada por la cultura popular y el sentido concreto de la comunidad a través del cual los hablantes/lectores fragmentan los textos y los recombinan de acuerdo con sus propios proyectos, extrayendo aquellas piezas del material precisas para crear sentido de su propia experiencia social. Los espectadores, como cazadores nómadas, mezclan lo institucional, lo masivo y lo popular y mantienen frente a la industria de los medios de producción un grado de autonomía y de ironía parcela de significación concreta que se resiste a toda fijación, medición o control. En este proceso, los públicos dejan de ser simplemente una audiencia y en los textos populares y jugando con la hegemonía de los poderes se convierten en participantes activos en la construcción y circulación de significados. Últimamente hemos recibido una muy buena bibliografía sobre la magna obra de Michel de Certeau, literatura que resalta y analiza sus diferencias directas con Bourdieu, ver así la impresionante obra de Dosse (2002, esp. 486-504) y los trabajos recogidos en Delacroix, Dosse, García y Trebitsch (2002).

<sup>11</sup> Sobre el carácter de don sin interés –y por o tanto también regulado por una relación cooperativa– sustancial como dimensión fundamental a todo lenguaje y directamente contra Bourdieu, ver Caillé (1994) desde otro ángulo Rancière (1997) nos recuerda como el esfuerzo por conocer la cultura y la idealización de la misma ha sido uno de los factores fundamentales del progreso y de las luchas de las clases populares que han encontrado en ese esfuerzo por adquirir cultura no sólo un motor de promoción individual, sino también y, sobre todo, un factor de construcción de movimientos sociales y del cambio social.

signos trazan trayectorias parcialmente indeterminadas, usando como material el vocabulario de los idiomas recibidos y de los códigos heredados, enmarcados por sintaxis significantes constreñidoras, pero sobre las que se pueden dibujar juegos de intereses y acciones estratégicas diferentes. Lo que los estudios formales muestran son los materiales utilizados (sea el lenguaje, los objetos o los gestos), pero no los modos de utilizarlos y el sentido de su uso. El análisis sociológico del lenguaje y la comunicación sólo se puede realizar en ese encaje de sentidos y poderes, no sólo mostrando las relaciones que se mantienen con un sistema o un orden, sino delimitando las relaciones de fuerza que definen y delimitan las circunstancias de las que este orden puede reconstruirse.

En todo proceso comunicativo se produce, pues, un contrato implícito de enunciación y recepción y para Michel de Certeau tanto en el ámbito de la lengua, como en el de las investigaciones sobre las prácticas cotidianas se puede encontrar una común lógica de la enunciación. La enunciación supone siempre la reproducción necesaria de un sistema lingüístico, un decir que actualiza sus posibilidades y que sólo se convierte en real en el acto de hablar, pero que es, a la vez, la apropiación de la lengua por el locutor que habla, que supone el reconocimiento de un interlocutor real o ficticio y, por tanto, la constitución de un contrato relacional que crea formas específicas de alocución o recepción por las que se habla a alguien o se recibe por alguien concreto con intereses concretos que modifican la enunciación y la recepción. Siempre existe la instauración de un presente por el acto del sujeto que habla, y conjuntamente, dado que el presente es propiamente una definición del tiempo, la organización de una temporalidad supone un punto de narración que crea un antes y un después desde el orden de una existencia que es presencia de los actores en el (su) mundo. De Certeau amplía su modelo de enunciación a muchas de las narraciones no lingüísticas, como las prácticas de consumo, los hábitos de vida y reconocimiento en la ciudad, las formas alimentarias y las tradiciones culinarias, la cultura popular o los comportamientos de los trabajadores en su lugar de trabajo, la mayoría en directa polémica con Bourdieu, y así al analizar los hábitos de consumo como maneras de hacer, como esquemas de operación, como estrategias o formas de escribir y leer.

Michel de Certeau nos insiste siempre en las "artes" cotidianas para apropiarse todos los modos de comunicación desde los más naturales a los más instituidos. Puesto que el uso, debe ser analizado por sí mismo, no como esquema de reproducción de un poder general, sino como formas de estrategia y en algunos casos de microfísicas de la resistencia. Cada sujeto actúa, en un haz de dinámicas concretas, según una cierta manera, un estilo que le es propio, los poderes existentes son evidentes, pero los comportamientos resultantes también se realizan en función de contextos sociales particulares. La cuestión que se plantea es saber qué es lo que produce el consumidor con esas sobras y retazos de los códigos impuestos y los mensajes emitidos –con esa especie de sentido común resultante en el entrecruce de experiencias sagradas y profanas-, cuando realmente actúa y no sólo reproduce la sociedad, empleando los productos –culturales y lingüísticos- propuestos por un orden económico y social dominante, pero mediado y moldeado por el orden más particular de los usos cotidianos constantemente reinventados. Los productos culturales pueden ser considerados, así, no sólo como signos estáticos, sino como un repertorio de prácticas significantes con el que los usuarios proceden a operaciones de transformación desde sus poderes concretos. Cuando nos acercamos al Bourdieu de la televisión nos damos cuenta de sus diferencias con estas propuestas.

#### 4. Bourdieu y los medios de comunicación: crónica de un desencuentro anunciado.

*"NO PENSAMIENTO. No se puede traducir esto por ausencia de pensamiento. La ausencia de pensamiento designa una no-realidad, la huida de una realidad. No se puede decir que una ausencia es agresiva o que avanza. Por el contrario el no pensamiento designa una realidad, una fuerza; por eso puedo decir: el no pensamiento que invade; el no pensamiento de los tópicos; el no pensamiento de los medios de comunicación". Milan Kundera (2000: 158)*

Dada la evolución de las líneas temáticas de la obra de Pierre Bourdieu era previsible que, tarde o temprano, se encontrara con los medios de comunicación de masas como problema sociológico: sus incursiones y fundamentaciones en el ámbito de las prácticas culturales, del lenguaje, el análisis del consumo o el campo literario, hacía prever una propuesta intelectual de primer orden sobre este aspecto, lo que resultaba más difícil de imaginar era la repercusión pública y el revuelo mediático organizado con una pequeña, pero enjundiosa, obrita que tomó por nombre Sobre la televisión (Bourdieu 1997b). Para cualquier lector medianamente atento de Bourdieu las tesis de este libro no resultaban especialmente nuevas, al fin y al cabo no hacía otra cosa que reactualizar las tesis que más de veinte años antes había expresado en un artículo mítico como fue ‘La opinión pública no existe’ ( Bourdieu 2000b: 220-233) y que luego tanto el mismo Bourdieu como la más brillante última generación de sociólogos franceses formados con nuestro autor –Alain Accardo, Patrick Champagne, etc<sup>12</sup>.- se han dedicado a aplicar y desarrollar en abundantes libros, informes y números monográficos de revistas del tipo, Actores de la recherche en sciences sociales donde el esquema básico de la arquitectura intelectual inspirada en Bourdieu se ha aplicado al tema de los sondeos de opinión, el campo periodístico, el estudio (supuesto) de las audiencias y un largo etcétera de aspectos concentrados en esta realidad comunicacional.

De esta forma el hilo conductor de estos análisis se iniciaba –como hemos dicho- con una afirmación, la opinión pública, como la juventud, el lenguaje, o cualquier otra categoría sociológica que se invoca por naturaleza o en abstracto, sin atender a la diversidad y desigualdad de las posiciones sociales que la conforman, no existe y su uso es siempre un uso interesado que permite la dominación (estructural e invisible) de los que tienen el poder para utilizar estas categorías (supuestamente universales, pero

---

<sup>12</sup> Sólo como muestra de la importantísima producción de investigaciones sobre la opinión pública y el periodismo realizadas a partir de las categorías analíticas de la sociología de Bourdieu pueden verse los trabajos de Champagne (1990) y Accardo (1998) así como los varios y muy interesantes números monográficos de Actes. Sin embargo desde una defensa -tradicional, pero consistente - de la ética del periodista Schneidermann (1999) enfatiza el carácter maniqueo, dicotómico y simplificador del análisis del campo periodístico francés (los buenos la minoría superintelectual y académica y los malos una inmensa mayoría corrupta trabajando en los grandes medios). De la relevancia de los trabajos sobre este tema en la última singladura vital de Bourdieu es un buen indicador que ya se empieza a incluir como una de las aportaciones generales de su sociología y , por ejemplo, Mounier (2001: 242-250), ya le dedica un capítulo en su guía básica a Bourdieu por otra parte en Alonso (2002a) se recogen las reacciones a la muerte de Bourdieu de los medios y periodistas de referencia en el panorama cultural francés en el momento de su muerte . Por fin, merece la pena comparar las posiciones sobre el periodismo de Bourdieu con las complementarias del periodista crítico de origen polaco Ryszard Kapuscinski, formado en la escuela historiográfica de los Annales, y que apuesta por un periodismo de acercamiento a los públicos desde abajo, con empatía y comprensión in situ de las acciones de sujetos en su propio contexto, casi un programa de hermenéutica periodística, radicalmente ética, que sin ignorar la manipulación de los medios dentro de su competencia mercantil apuesta por una comprensión histórica del hecho periodístico.

realmente creadas con una intención en el campo de luchas sociales) en beneficio propio. Por ello, el mito máximo del imaginario social burgués, "la opinión pública", en teoría estudiada "científicamente" por las encuestas sociológicas y, no menos en teoría, expresada, difundida y ampliada por los medios de comunicación, desde la tradicional prensa escrita hasta el más moderno de los artilugios tecnológicos que se busque, para Bourdieu no es más que un endeble y volátil constructo realizado por un colectivo profesional (el de politólogos, los sociólogos o los periodistas) que desde las determinaciones particulares de su campo (sean externas o internas, relativamente autónomas o dependientes, generales o particulares, económicas o corporativas) se atribuyen la capacidad de agregar, seleccionar, inquirir o atribuir opiniones y valores, para conseguir que algo no es más que una visión interesada (y estratégica para su campo) de la realidad, se convierta en "la" opinión pública. Lo que son, pues, posiciones sociales, trayectorias, luchas en un campo, expresiones desiguales de capitales desiguales, sentidos diferentes para acciones diferentes, se armonizan artificialmente y combinan en categorías aparentemente naturales pero en su abstracción vacías, como comunicación, lenguaje, opinión pública, donde los que las usan en su falsa e imposible (desde esta lógica de construcción) aceptación universal están realmente encubriendo algún tipo de dominación.

En Sobre la televisión estas tesis se concentran específicamente en el ámbito de los medios de comunicación de masas, pero en realidad se aplican al campo periodístico como objeto de conocimiento social, a la vez que como constructor de las realidades comunicacionales legítimas. El libro es en realidad la compilación de dos conferencias ofrecidas en el Collège de France emitidas por una cadena cultural en el marco de colaboración con la división audiovisual del potente CNRS al que a las ediciones internacionales, incluida la española, se le han añadido algún artículo ya clásico de Bourdieu sobre el tema en Actes, así como un pequeño epílogo que sirve de respuestas (estructurales y sociológicas) a sus críticos (parece que directos y muy personalizados). En principio el libro, en la revisión de sus tesis más superficiales, poco aporta de original a las versiones más apocalípticas (para utilizar la ya clásica caracterización de Umberto Eco) de los medios: banalización, irreflexividad, apresuramiento, dictadura de las audiencias, comercialismo extremo, competencia a la baja intelectual de los contenidos, servilismo del poder (o mejor de todos los poderes) monopolio del sentido y de la capacidad de comunicación, y así un largo etcétera que sirve de diagnóstico lúgubre que, por cierto, no se le escapa a cualquier público con una simple sensibilidad cultural que se enfrente a la desalentadora y descorazonadora realidad mediática actual. Pero donde Bourdieu realiza una auténtica lección de magisterio sociológico –aquí en su modalidad de ensayo sociológico- es en un análisis especialmente perspicaz, aunque no sin ciertas dosis de desenfoque, de las transformaciones (en forma de censura y violencia simbólica) que el nuevo ámbito competitivo de la producción mediática induce en el campo periodístico y las presiones –negativas- que este campo induce, a su vez, en los ámbitos genéricos de la producción cultural y científica.

En la teorización de Bourdieu, la televisión actual refuerza todos los vicios y minimiza todas las virtudes estructurales del campo periodístico. La construcción de la realidad mediática se hace a partir de una separación sistemática y una censura activa sobre la realidad social: la competencia de los medios entre sí, y la convivencia y connivencia de estos medios con todos los poderes establecidos, empezando por los económicos, pero inmediatamente seguido de los políticos, hacen que la selección de la realidad presentada no sea más que una imagen interesada, compuesta literalmente por los medios según sus estrategias concretas en el campo mediante una simple interlectura

de medios (una información que informa circularmente sobre el campo periodístico mismo pues tanto las fuentes como los objetivos reales en forma de exclusivas, primicias, etc. no son capaces de salir de la realidad del universo mediático). El relato mediático general, por tanto, es una presentación sistemáticamente desordenada y caótica de la realidad social mostrando y montando interesadamente las apariencias y censurando estructuralmente todos los aspectos históricos y sociales de peso que componen las dinámicas –desiguales- de fuerzas que conforman esa realidad .

La televisión al estar cada vez más dirigida por la pura competencia económica, degrada y desubstancializa el campo periodístico al inducir su dinámica de apresuramiento, de falta de exigencia intelectual, de presentación de lo social como un campo de batalla personal y sin matices, de legitimación a partir de índices de audiencia o de ventas, del sensacionalismo, de la amnesia de causas y estructurales sociales, etc., etc. Si la acartonada televisión moralizante, pedagógica, cultural y educativa formaba parte del imaginario social del capitalismo regulado keynesiano (dependiente fundamentalmente del Estado), la televisión sensacionalista, amarilla y descerebrada responde a la (i)lógica competitiva del neocapitalismo globalizado (de dependencia estricta al mercado). Si la televisión resultaba tremendamente compleja y dependiente en sus épocas de formación histórica del prestigio y el capital simbólico de la creación artística y científica, ahora es al contrario es la banalidad de la televisión la que otorga capital simbólico. Y este análisis toma cuerpo social, y de ahí lo original y lo polémico en la obra de Bourdieu, cuando aparecen los sujetos efectivos que efectúan esta desestructuración activa de la información y la comunicación: los “periodistas” y los intelectuales periodistas que componen un micro campo distorsionado y distorsionador en el sentido que la sociología de Bourdieu. La mirada clínica (de diagnóstico y análisis) que los periodistas e intelectuales debían de realizar sobre la realidad social se hace ahora mirada cínica (de consagración fatalista y acomodaticia), producto de su pura reproducción de todos los poderes en el campo, otorgándose, además la legitimidad de la información.

El campo periodístico en su fragilidad es así especialmente dependiente (especialmente del mercado y los poderes políticos), pero además crecientemente influyente, hasta lo agobiante, sobre todos los demás ámbitos de la producción cultural como el arte, la literatura, el trabajo académico o científico o la planificación de los recursos públicos o cívicos. De esta manera el campo periodístico, que como todos los campos sociales es relativamente autónomo y estructuralmente conflictivo, da acceso a lo que se considera legítimamente comunicable, a lo que puede ser dicho y visto, lo que en su propia lógica, es en última instancia, lo que existe. Pero esta composición sólo responde a la necesidad de los periodistas de ser reconocidos en el campo, ya sea en forma de retribuciones monetarias conseguidas en función de las audiencias que es capaz de presentar, ya sea por la propia circulación de su figura simbólica en el campo por su cercanía a los políticos o a los señores a las corporaciones.

Por todo ello el periodismo, y mucho más en la era de la televisión que es su guía y su referencia profesional paradigmática, como campo especialmente endeble y efímero en sus producciones intelectuales, sin apenas controles de rigurosidad, científicidad o plausibilidad en sus productos se abalanza sobre campos próximos como el filosófico, el literario o el sociológico para vampirizarlos y servirse de sus planteamientos intelectuales universalistas, así como, sobre todo, para alimentar su

elemental lógica de la competencia mercantil<sup>13</sup>. En esta maniobra aparecen unos intelectuales colaboracionistas –en el sentido más duro del término- que aceptando las imposibles y demenciales reglas de juego del medio televisivo profesionalizan sus colaboraciones opinando sin documentación, reflexión o distinción sobre todo lo que el maestro de ceremonias mediático les hace hablar, son los *fast thinkers*, "todólogos" que dictaminan sobre cualquier cosa utilizando su brillo desgastado del mundo académico para entrar en debates o falsos debates que no tienen más objeto que el de ser coartada del recorte que de la realidad social hacen los periodistas siguiendo el dictamen de sus propias luchas mediáticas y de sus patronos económicos. Para Bourdieu, además, los académicos que entran en este juego de opiniones apresuradas y a medida de sus patronos mediáticos, son aquellos que no tienen suficiente capital simbólico en su campo intelectual de origen, los que tienen que servirse de la ampliación grotesca de su figura por los medios para compensar su escasa consagración en un campo académico o intelectual de cierto peso.

En el esquema de Bourdieu, tanto la comunicación, como la llamada "opinión pública" no son otra cosa que fetiches de las preconstrucciones y los presupuestos del lenguaje corriente, que los periodistas manejan sin construir como objeto sociológico serio para servirse en sus afanes de hegemonizar el campo, recurriendo a sus éxitos de audiencia o de rapidez en el descubrimiento de noticias (como si estas fueran acontecimientos aislados y caóticos independientes de las estructuras sociohistóricas que las originan). Por decirlo de una manera breve, no hay comunicación, ni opinión pública, sin los sujetos sociales y profesionales, que las construyen y las dominan, lejos por tanto cualquier fantasía "democrática" en estos dos conceptos, pues sólo contribuyen a propagar la violencia simbólica de las que utilizan el engañoso sentido común para ocultar la dominación estructural y la violencia simbólica de lo social, y en nombre de "lo universal" imponen todos los intereses de las posiciones particulares desde los que se utilizan cada vez más en vano.

Pero quizás el nudo gordiano de este opúsculo de Bourdieu es su esquema de la relación entre campos, donde el campo periodístico colonizado por lo económico (o mejor por lo simplemente comercial) coloniza, a su vez, los campos genuinamente artísticos o genuinamente científicos, distorsionándolos e introduciendo su ausencia de valores, su futilidad, su falta de rigor, su aceleración, sus precriterios de lo que es aceptable por públicos tomados como idiotas culturales, sus listas de *best-sellers*, y así este larguísimo y conocido etcétera. Los *fast thinkers* sólo son uno de los aspectos más espectaculares de esta corrupción de los campos académicos (desde su parte más endeble) por el campo mediático, el establecimiento de criterios de publicación, de selección de temas, de creación de la agencia cultural y científica, de financiación directa o inducida, de distorsión de los políticas públicas, de desvaloración del trabajo reposado y a largo plazo, son algunas de las muchas turbulencias (es decir censuras) que los medios han creado en estos otros campos tradicionalmente mucho más autónomos y

---

<sup>13</sup> Aseguran Alberto Abruzzese y Andrea Miconi (2002: 76), que lo que trasluce detrás de la crítica de Bourdieu a la televisión es la idea de que "contestando el carácter de la televisión, Bourdieu no hace otra cosa que reivindicar la superioridad de la sociología respecto a las disciplinas comunicacionistas.[...] En efecto, negar la legitimidad de la televisión significa también cuestionar el estatus de las ciencias de la comunicación". Lógicamente alguien como Patrick Champagne (2002: 116) tiene que dar otra versión, seguramente complementaria del mismo asunto indicando que porque Bourdieu "conocía el papel indispensable que juegan los media en el proceso democrático quería, gracias a la sociología -ya que creía en la virtud liberadora de la sociología y, más generalmente, de la ciencia-, ayudar a los periodistas a conquistar más autonomía y libertad en relación con las condiciones que pesan sobre el funcionamiento de ese campo de producción"

autosuficientes (como el artístico o el científico), entre otras cosas porque, según Bourdieu (1999: 111-119), han sabido crearse históricamente su independencia acudiendo a capitales simbólicos y culturales propios .

La televisión y, en general, todo los medios de comunicación de masas no han hecho nada por difundir las producciones artísticas o científicas, lo que han tratado de hacer estas es ponerlas bajo su arbitrio economicista y cínico. El llamamiento de Bourdieu es a preservar el derecho de entrada, de autonomía y producción de los campos culturales no mediáticos, evitando la vulgarización, la “todología” o la alodoxia por la cual las productoras de opiniones manipulan conscientemente los habitus de clase mediante comunicaciones que tienden a privilegiar el aspecto más visible del mundo social (los individuos y sus actos, sobre todo malos) en detrimento de las estructuras y los mecanismos causales complejos. Facilitar así el acceso a las producciones culturales, a su salida de sus campos estrictos, universalizarlos es todo lo contrario a someterlos a la degradación del campo periodístico, es permitir una, construir una política de acceso al conocimiento de lo social. Paradójicamente en el campo periodístico la contribución a esta universalización se realiza de manera contraria a la posición de poder interior en el campo, cuanto más popularidad, competencia, fama o notoriedad se adquiere –y por ello más legitimidad para transmitir información- menos compromiso con la realidad social. Una especie de ley de Gresham funciona así en el campo periodístico, cuanto mejor trabajo realiza una publicación, programa o profesional más escondido estará, cuanto peor, más comercial, apresurado y sensacionalista más circulará y más contribuirá a dar una imagen de la realidad social como si fuera un conjunto de catástrofes, sucesos y personajes sin estructuras, clases actores o fuerzas históricas y sociales.

De esta manera resulta cuando menor sorprendente que para una autor que ha sido fundamental en el estudio de las formas diferenciales de consumo y los estilos de vida, así como en las condiciones concretas de uso y de atribución de sentido social a los bienes simbólicos, sólo sea capaz de encontrar el mismo en la televisión –cuanto tantos estudios ha ayudado su teoría a orientar y encauzar metodológicamente sobre ella<sup>14</sup>- un instrumento degradador y depredador de los campos académicos especialmente consolidados y, sobre todo, universitarios. Es evidente que en este epígrafe estamos comentando un ensayo (o ensayos) y no una monografía de investigación como cualquiera de las muchas que Bourdieu ha dado a la imprenta dedicadas a temas como la educación, el arte, los cuerpos de altos funcionarios, las prácticas culturales y que la han consagrado como un sociólogo fundamental de nuestra época, pero el problema en realidad proviene del enfoque más que de la extensividad o la intensividad del tema tratado, es el problema de una cierta reducción epistemologista que acaba explicando un hecho social por la situación de un campo intelectual (el campo periodístico en este caso). Por eso la televisión de Bourdieu sólo es prescriptiva, su epistemocentrismo no le permite observar los efectos de construcción de una esfera comunicativa en el que existen múltiples ambivalencias y efectos contradictorios, así como elementos de creación de la realidad que no coinciden con la simple deformación informativa, así ni la ficción, ni los diferentes géneros (y la mezcla de ellos), ni el entretenimiento, ni los relatos, ni las proyecciones imaginarias de los grupos sociales sobre los mitos se consideran y sin embargo son fundamentales en los efectos

---

<sup>14</sup> Spittle (20002), realiza una aproximación al estudio del consumo de televisión directamente relacionada con la teoría del habitus y los estilos de vida de Bourdieu (1988). Por otra parte alguien tan próximo a Bourdieu como John B. Thompson tiene un magnífico libro dedicado al lugar social de los medios cuya deuda teórica con Bourdieu es evidente, aunque Thompson (1998: 30 y 273) critica en él excesivo énfasis en el carácter inconsciente del habitus y el determinismo explícito de la teoría del campo, obviando lo que de creativo y constructivo tienen las prácticas de los sujetos sociales.

comunicativo de los medios actuales; la televisión en Bourdieu, por tanto, es un seco instrumento de la reproducción social y no un elemento de construcción de una nueva esfera pública comunicativa distorsionada, pero operante y por ello con una eficacia simbólica diversa que debe ser estudiada, comprendida e interpretada, no sólo condenada.

Es por esto que presentar cualquier hecho comunicativo como un problema de conocimiento social (y el hecho televisión como la degradación del conocimiento social científico por parte de los saberes vulgares, ahora más acelerados, banalizados y espectacularizados) acaba por denegar las prácticas de los sujetos sociales concretos que no estén dictaminada por la dominación o la resistencia (imposible) a la dominación en los diversos campos, productos a su vez de la puesta en valor de un capital simbólico. En este sentido estos escritos sobre la televisión muestran mejor que ningún otro, la separación con cualquier hermenéutica de los sujetos concretos, al estudiar los campos como realidades estructurales el eterno retorno a la dominación rompe cualquier sentido, uso o razón práctica que no sea la de la reproducción externa o interna del propio campo casi petrificado.

Esa tendencia de Bourdieu a convertir lo social en conjuntos de conocimientos cautivados por los campos socialmente sacralizados deja sin espacio a cualquier conocimiento, práctica cultural o lingüística profana, con sus posibilidades plásticas y pragmáticas de traspasar, formar, codificar o decodificar los mensajes desde sentidos que no son propiamente los de la lógica de la dominación. Someter toda doxa a una episteme -como si sólo desde la episteme se pudiera pensar lo social- y atribuir al lenguaje corriente, los medios de comunicación o el campo periodístico las características del sentido común deformante, es dejar –por decirlo en palabras de Norbert Elias(1990: 120 y ss)- sin canales de comunicación niveles de configuración del conocimiento social que va componiéndose como un mapa de regiones diversas. Realizar un mapa como pretende Bourdieu sin considerar una cierta región, la del conocimiento ordinario, con su cierta autonomía y su capacidad de creación de realidades comunicacionales o intersubjetivas propias y con efectos sociales globales, es necesaria y gratuitamente empobrecedor. Como dice el mismo Norbert Elias no es tarea fácil determinar la estructura de no saber de las personas utilizando sólo las palabras de los que saben.

Llama la atención también la falta de referencias a los no ya cientos, sino miles de trabajos sociológicos internacionales que tienen por objeto la televisión o los efectos sociales de los medios<sup>15</sup> y que un libro sobre la televisión venga a degradar hasta la saciedad el campo periodístico y a defender los valores consolidados en el campo académico, así como a clamar por la pureza y el sacrificio que se conserva en el núcleo duro y prestigioso de la investigación universitaria. Pero esto es coherente con el orden de prioridades de la sociología de Bourdieu, más predispuesta a establecer campos y jerarquías desde los capitales culturales consolidados a explorar las capacidades constructivas de los actores concretos. Así en el tema particular de la televisión no es de extrañar que Bourdieu deje fuera de su análisis elementos hoy fundamentales en el hecho social comunicativo, como son las condiciones de recepción, uso y decodificación de los mensajes en los contextos concretos y los mundos de la vida de

---

<sup>15</sup> Una revisión del conjunto de teorías y programas de investigación sobre los efectos sociales de los medios (hipodérmicas, espirales del silencio, recepción activa, agendas, marcos, pertinencia cognitiva, etc., etc.) se encuentra bien realizada en Wolf (1994), y específicamente para la televisión véase Casetti y di Chio (1999) para los instrumentos de investigación y Vidal Beneyto (2002) para el debate actual -y la crítica política- de la transformación de la televisión en la "era de la globalización".

cotidiana de los sujetos tomados como bases para la construcción del sentido y la significación<sup>16</sup>, que, por ello no son pura reproducción del sentido impuesto por el emisor, tenga este emisor el grado de institucionalización que se quiera. Siempre hay espacio para cierta negociación y reajuste del sentido entre emisor, texto y receptor en todos y cada uno de los pasos comunicativos

Evidentemente Bourdieu no realiza las estériles maniobras postmodernas de Baudrillard y por ello dista mucho de las nihilistas apreciaciones sobre el crimen perfecto contra la realidad por parte de los medios o la captura de lo social por parte de una pantalla total que convierte en simulacros virtuales todo lo que acontece en cualquier esfera comunicativa (Baudrillard 1996 y 2000). Pero la rigidez de su planteamiento es evidente y evitando caer en la fetichización liberal burguesa tradicional de la opinión pública, el lenguaje y la comunicación como independientes, autónomos, iguales y expresiones directas de la libertad del hombre (en abstracto) o en el deslumbramiento actual –neoliberal- de reducir lo comunicacional a la competencia, las luchas por la audiencia o el espectáculo mediático, deja sin voz y sin papel a la recepción, a la lectura, a las elaboraciones secundarias de la información, a las interpretaciones y a los interpretadores, a las comunicaciones horizontales y a la capacidad dialógica de reversión de los sentidos. La prevención contra cualquier desviación populista observada por Bourdieu le hace alejarse de una análisis etnográfico de la cotidianidad comunicativa contemporánea, de estudio del contexto o de recepción en los públicos reales, así como de la comprensión y reutilización de los mensajes en los ámbitos de las nuevas culturales populares, ámbitos donde también existe posibilidades heterodoxas de leer y componer lo social sin ser realizados desde posiciones epistemológicas académicas. Son evidentes pues los efectos devastadores – intelectuales- de los medios tal como lo presenta en su polo más formal Bourdieu, pero también debemos de pensar desde un aspecto más cognitivo, en el carácter activo de las audiencias concretas<sup>17</sup>, en el mestizaje de culturas mediáticas con culturas locales, en las lecturas irónicas y distanciadas de los diferentes públicos sobre los mensajes de los medios, en la sociodiversidad creciente de los grupos de audiencia, en la construcción de una esfera pública evidentemente modificada por los medios, pero nunca absorbida totalmente por ellos, etc.. Un largo etcétera, por cierto del que tanto se han ocupado, con mayor o menor fortuna, las llamados estudios culturales<sup>18</sup>, a los Bourdieu, se refiere muy de pasada en su libro, sólo para mostrar su distanciamiento.

En este sentido el discurso de Pierre Bourdieu –como el de su discípulo Serge Halimi<sup>19</sup>- sobre el periodismo y los medios de comunicación en la época del

---

<sup>16</sup> Evidentemente la recepción se ha convertido proceso hermenéutico en uno de los Bouilloud (1997) en la sociología, Jauss (1978) en la teoría estética y literaria Esquenazi (2002), es ya mítico Eco y Fabbri perjudica el público a los medios y la obra dilatada y fascinante por momentos en general de Umberto Eco.

<sup>17</sup> Este aspecto del carácter concreto, constructor y socialmente complejo que otorgan "las maneras de ver" que realizan las audiencias reales, así como del carácter mediador, regulador y enmarcador de los medios -más que de simples manipuladores o impositores-; están especialmente trabajado en las excelentes aportaciones de Callejo (1995 y 2000).

<sup>18</sup> Como revisión y evaluación madura de los llamados estudios culturales de origen británico dedicados a los media véase Curran, Morley y Walkerdine (1998).

<sup>19</sup> Esta es la línea que ha seguido una publicación tan cercana al mundo de Bourdieu en sus últimos años de vida como ha sido Le Monde Diplomatique y sus tesis sobre los "periodistas de mercado", luego desarrolladas en el polémico libro de uno de los más fieles seguidores en este campo como es Serge Halimi (1997), cuya obra, editada en una colección de libros apadrinada y dirigida por Bourdieu produjo una fuerte polémica en Francia. Estos mismos argumentos son generalizados para el resto de los países y

“fundamentalismo ultraliberal”, es cívicamente imprescindible y dado los tiempos que corren en nuestras pantallas es explicable su agria y cruda descripción del pliegue de los periodistas "estrella" o los intelectuales negativos o rápidos a los dictados de las ideas uniformes y del pensamiento único del mercado, imponiéndose sobre todo lo social. Pero tanto el enfoque teórico, como sus alternativas prácticas, quedan un tanto desdibujadas, puesto que en el primer tema –en la teoría- es insuficiente pensar la información (y menos la comunicación) sólo desde la oferta, la emisión o la codificación directa y hay que estudiar todos los efectos concretos de la comunicación en los públicos con todo lo que supone de lectura contextualizada, irónica o paródica, distante o cruzada por las diferentes fuentes (intereses) de emisión y recepción; en el segundo tema –en la práctica políticosocial- es difícil llamar a un movimiento social general cuando tanto se sospecha del sentido común, las simplificaciones y las preconcepciones de lo popular, y ya en Bourdieu en grado supremo, cuando se espera del “corte epistemológico” de la sociología llegar a las estructuras realmente operantes en el campo de la acción política.

Evidentemente la comunicación social no está cerrada por los medios, ni por el campo periodístico, por mucho que ese periodismo se haya convertido en “periodismo de mercado” al servicio de los grupos empresariales y su "pensamiento único". La comunicación es un producto de (desiguales) fuerzas y de actores que se desenvuelven en el mundo de la vida y los sistemas de reproducción de poder, en el ámbito de la vida privada y de la vida pública. Los medios acaban produciendo, componiendo y codificando las informaciones (y las ficciones) a través de mediaciones<sup>20</sup> que son poder sociales concretos y denunciar la censura y el seguidismo del mercado de los medios a los intereses de sus empresas aunque socialmente necesario no deja de estar ingenuamente pretendiendo implícitamente que se cumpla la figura (heredada, por cierto del pensamiento liberal) del periodismo social y económicamente guardián de las libertades y la democracia. Pero esta figura es literalmente imposible puesto que todos los entes sociales, los medios y los periodistas también, tienen sus propios intereses y los únicos guardianes de la democracia tendrán que ser el conjunto de los propios ciudadanos articulados en formas, conflictivas, de movimientos e instituciones sociales.

## **Conclusión: luces y sombras en el análisis del lenguaje y la comunicación de Bourdieu**

*“Lenguaje no sólo significa comunicación de lo comunicable, sino que constituye a la vez el símbolo de incommunicable”. Walter Benjamin (1991: 74)*

---

aplicados a temas más amplios, incluida la producción de ficciones, en los libros de Iganacio Ramonet (2000 y 2002).

<sup>20</sup> El concepto de mediación tal como se usa aquí es de Martín-Barbero (1987) e introduce a los medios de comunicación entre los actores sociales (no los separa o los superpone como es la forma habitual del tratamiento crítico intelectualizado), actores y escenarios donde se reproducen, construyen, ordenan y desordenan aspectos de lo social, sin que por ello se agote o cierre todo el sentido en ellos mismos, cabe en este campo, por tanto, un análisis desde el concepto gramsciano de hegemonía. Por otra parte Martín Barbero y Rey (1999) nos recuerdan la tremenda importancia de los programas de ficción en la eficacia simbólica de la televisión tomada en su conjunto y en su capacidad de configurar imaginarios sociales, elemento fundamental al que Bourdieu no dedica ni media línea en su libro.

La sobrepolitización del análisis del lenguaje que realiza Bourdieu tiende a sobrerrepresentar el carácter de agencia –de productor y reproductor de poder y diferencia- que tiene todo sistema de acción social –incluido el sistema lingüístico-; y sin embargo, deja fuera toda referencia a la acción como actividad cotidiana, como capacidad situacional de los actores de operar en un contexto concreto produciendo sentido a sus actos particulares de habla por medio de procesos de construcción, negociación y resistencia simbólica, incrustados en comunidades culturales de prácticas compartidas, significados cotidianos y actividades rutinarias particulares (Callejo 2001: 88-92). Evidentemente la dimensión agencia y la dimensión actividad están directamente conectadas y todo análisis sociológico del discurso, en lo posible, debe recogerlos en su dinámica de intervención, Bourdieu da por hecho el enorme poder de la dimensión agencia, pero los usuarios del lenguaje producen sentido a pesar de que no dominan las condiciones de agencia, por otra parte los agentes sólo pueden conseguir que su discurso sea efectivo si pasan por procesos colectivos de acción comunicativa y constructiva de los sujetos. El planteamiento de Bourdieu reclama permanentemente el poder –e incluso el poder del Estado-, pero no hay que olvidar que el sentido propuesto por el lenguaje de los dominantes, es siempre interpretado y reconstruido por el sentido producido en las comunidades prácticas de los dominados (Calvet 1998, 2002).

Por ello, el poder simbólico encerrado en el lenguaje no presupone, como pretende Bourdieu un ejercicio de olvido voluntario o de inconsciencia activa<sup>21</sup>, sino que frecuentemente implica la creencia compartida y la activa complicidad, a pesar de que no necesariamente estas creencias puedan ser erróneas o fundarse en una escasa comprensión de las bases sociales del poder. Los usos lingüísticos no sólo involucran presuposiciones reproductivas (necesarias), sino también y, fundamentalmente, posibilidades (contingentes) de cambio social.

Bourdieu realmente abre un campo para la sociolingüística, en el que la labor del análisis del discurso se realiza de manera muy diferente a la tradición estructuralista de buscar las estructuras subyacentes al sistema de la lengua; o de las propuestas de Chomsky (1983) de encontrar una lingüística del cerebro engramada en las competencias y capacidades cognoscitivas de la mente humana y de los productos que genera: representaciones mentales de forma y significado, construidas a partir de reglas y principios transformacionales inconscientes de carácter “profundos”. Tampoco se conforma Bourdieu con realizar una versión francesa de la sociolingüística norteamericana como la de, por ejemplo, William Labov (1983) –muchas veces escasamente social-, donde el objeto final de conocimiento es la forma en que lo social crea variedades lingüísticas o dialectales, pero no la forma en que el lenguaje crea y recrea lo social. Bourdieu, pues, aborda un proyecto sociolingüístico genuino en su labor de desvelar como el lenguaje se construye y construye el poder en los campos sociales. Pero quizás el modelo de Bourdieu sigue sin pretenderlo demasiado apegado a la lingüística sin penetrar en el cambio de lo que Bajtin denomina la translingüística

---

<sup>21</sup> Se ha señalado la contradicción entre las continuas llamadas a la movilización social de la última parte de la obra de Bourdieu (2001b) y, sin embargo, la escasa visión que tiene nuestro autor del cambio social y poco papel que juega en el centro teórico de su obra. Parece una especie de ruptura entre su sociología y su militancia social (Monod 2001: 231-255). Además al considerar de hecho, como señaló tempranamente John B. Thompson (1984: 42-72), el habitus como inconsciente deja en un lugar políticamente paralizador a la posición de los actores en lo tocante a su conciencia del campo y el cambio social. Es así bien paradójico que en los últimos años Bourdieu se ganase la acusación de populista (Mongin y Roman, Touraine 2002), más por sus intervenciones públicas que por el cuerpo de su teoría resistente siempre y en cualquier espacio teórico a otorgar a la vida común, o popular alguna relevancia que no fuera la reproducción de un campo ya establecido.

(1986), en la que se considera el diálogo y la intertextualidad y donde no se dan por estabilizados los elementos invariantes o constantes. En el fondo lo que hace Bourdieu es convertir el estructuralismo lingüístico en sociológico y lo que ahora se transforma en constante es la dominación y el poder. Lógica que deja fuera el carácter inestable, polisémico, contradictorio y creativo de las expresiones lingüísticas, tal y como se producen y tal como se reproducen a partir de un marco social que no es, según hemos indicado, particular como pretende la pragmática analítica –en el que se ignoran las determinaciones- sino concreto, complejo y completo<sup>22</sup>, porque esta multideterminado por lo macro y lo micro, lo histórico y lo situacional, la estructura y la acción, el sistema y el actor.

Si siempre ha existido la seria duda de que tras las versiones más convencionales de la sociolingüística haya existido algo parecido a una teoría social, se puede decir para el "caso Bourdieu" que ocurre todo lo contrario hay una monolítica teoría social proyectada sobre el trabajo sociolingüístico y el análisis del discurso. Esto ha hecho que gran parte del análisis del discurso realizado por Bourdieu no sean más que ilustraciones aplicadas de su teoría del campo/habitus –recuérdense los últimos análisis de casos de ¿Qué significa hablar? Sobre la retórica de la cientificidad, la autocensura en la recepción de Heidegger o los textos de Althusser- o que nos encontremos idéntico aparatage teórico para analizar temas tan diversos como el lenguaje, el arte, la pobreza, la escuela, el derecho, la antropología, los estilos de vida, la dominación masculina, la televisión, etc. (un etcétera que podría completar varias páginas), lo que le da al estilo Bourdieu un toque algo ortopédico y muy lejano de la interpretación de los productos concretos en las situaciones concretas. Y así, por ejemplo, y en coherencia con esto, desde las posiciones situadas en el ámbito del llamado análisis crítico del discurso se ha insistido que el salto desde un concepto como el de habitus a alguna pieza concreta del discurso es demasiado rápido, casi brutal, necesitando un buen número de categorías puente –y de teorías de rango medio- que relacionen ambos niveles y recojan las interacciones (en una doble dirección) entre ellos (Wodak 2000: 125).

De hecho la corriente del análisis crítico del discurso<sup>23</sup> se muestra, paradójicamente, heredera antes de Foucault que de Bourdieu, siendo teóricamente mucho más abstracto y descarnado socialmente el pensamiento del filósofo que el del sociólogo. Pero quizás Foucault (1973) abre con sus conceptos de prácticas y formaciones discursivas una brecha hacia un análisis más flexible que el reproductivismo sociológico de Bourdieu, al considerar como el discurso estructura efectivamente las áreas de conocimiento por procesos de inclusión y exclusión de las identidades y relaciones sociales (prácticas que conforman y legitiman los objetos de los

---

<sup>22</sup> Evidentemente la referencia al hecho social como "hecho social total" (concreto y completo) es del clásico francés de la antropología Marcel Mauss (1978). Addi (2002: 196) indica agudamente que el proyecto de Bourdieu es coronar a la sociología como a la disciplina, casi única y reina madre, de este hecho social total, cosa que además de traer bastantes problemas y peligros por la posibilidad de introducir una especie de imperialismo intelectual de la sociología (cosa ridícula desde todo punto de vista si luego vemos también su impacto social real); también resulta paradójico y contradictorio que Bourdieu intente realizar, este proyecto de ciencia social total mediante la construcción de una especie de economía general de las prácticas, que deja sin sentido a la economía en un sentido estricto y contamina a las demás ciencias sociales de un economicismo extremo, economicismo de la dominación, eso sí, pero economicismo al fin y al cabo.

<sup>23</sup> Sobre la impronta foucaultiana en esta escuela sólo es necesario revisar la presencia abrumadora de la obra de Foucault en los libros principales de Fairclough (1992, 1995) y lo comparamos con el mínimo, a veces inexistente, peso que tiene la obra de Bourdieu. La sensación se vuelve a corroborar cuando vemos una de las tradicionales guías introductorias realizadas en el ámbito anglosajón como es la de Howarth (2000), donde se le dedica un capítulo completo a Foucault y, sin embargo, Bourdieu no es ni mencionado.

que hablan), pero este orden restrictivo y jerarquizador de los discursos, puede cambiar pues las prácticas discursivas se transforman por prácticas que se generan en el contexto de las estructuras y las instituciones sociales, en las fallas y quiebras de los propios discursos o en la emergencia de otras prácticas discursivas: "Hay que admitir un juego completo inestable donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto del poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo" (Foucault 1978: 123).

En suma, la gran contribución de los análisis de la comunicación de Bourdieu es su ruptura con cualquier metafísica idealizante (sea positiva o negativa) que convierta al lenguaje, las opiniones o los medios de comunicación en entes esenciales que están por encima de grupos sociales concretos que actúan en campos concretos y con estrategias de dominación (y resistencia) inscritas en espacios sociohistóricos específicos que soportan redes de intereses articulados. Lo que no es otra cosa que continuar y expandir su proyecto sociológico realizado en términos de campos (de determinantes sociales estructurados) donde el mundo social se produce circunscrito a espacios de prácticas efectivas, a partir de relaciones entendidas como interacciones desde posiciones objetivas subjetivadas. En este sentido los fogonazos sociológicos que Bourdieu destila sobre la televisión y el periodismo, como años antes en el estudio social del lenguaje, son deslumbrantes y de un valor y una novedad teórica indiscutible.

Sin embargo el planteamiento de base la última parte de su obra – independientemente del escándalo mediático y la efervescencia de ataques personales generados- recoge y amplía desenfoques casi constitutivos de la sociología Bourdieu y, sobre todo, vuelve a dejar en un oscuro lugar subordinado a los procesos de comunicación social. Así, si en ese magnífico ejercicio de sociología reflexiva que era su Lección sobre la lección, el mismo Bourdieu (2002: 11) argumentaba que no puede existir crítica epistemológica que no sea fundamentalmente crítica social, da la impresión de que en su crítica a los procesos de comunicación social instituidos en los medios de masas, su crítica social se vuelve sobre todo y ante todo (sino solamente) una crítica epistemológica. Y esta herencia de la "ruptura epistemológica" de Bachelard que circula cómo un hilo rojo en toda la obra de Bourdieu tiende a introducir una permanente lucha contra las preconstrucciones vulgares, las apariencias cotidianas, el sentido común o los lenguajes corrientes como un problema del saber de los científicos, sin fijarse ni preocuparse por los problemas del ser de los sujetos cotidianos, de su capacidad interactiva de reconstruir sus ámbitos de sentido e historicidad de la realidad social<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Finalmente nos encontramos ante uno de los puntos conflictivos por excelencia de la obra de Bourdieu: la cruzada contra el sentido común. Cruzada que es una constante en el pensamiento filosófico racionalista y que Bourdieu recoge como es sabido directamente del enfoque ya clásico de Bachelard (1985) y su epistemología de la negación, la lleva hasta sus planteamientos más profundos dentro de la sociología –el intelectual no existe si no esta investido de una autoridad específica conferida por un mundo intelectual autónomo (vid. Quemain 2002: 16) y la ha traspasado a sus discípulos más brillantes, así Champagne (1993: 164) llega a hablar ya de un, a primera vista paradójico, "sentido común culto" para designar a los procesos de degradación y manipulación del vocabulario y los discursos sociológicos, convertidos hoy en puras prenociones en el sentido durkheimiano de "fantasmas que desfiguran el verdadero aspecto de las cosas y que sin embargo, tomamos por las cosas mismas"(Durkheim 1988: 72). Sin embargo Ciancaglino (2002) hace una evidente apuesta por un uso crítico del concepto de sentido común como comunidad de sentido, construido por un conjunto de saberes prácticos, intercambiados y negociados para darle inteligibilidad (y posibilidad de supervivencia pacífica) al mundo cotidiano, concepto aquí evidentemente heredado del pragmatismo (James, Rorty), de Wittgenstein o Gramsci y defendido desde una concepción de lo popular, que se aleja de cualquier populismo, y que se plantea

Y de aquí viene también la sobre crítica del campo periodístico, al que le otorga el papel casi monopolístico de “engañar a la sociedad con sus propios sueños”; - para utilizar la frase de Marcel Mauss que ha manejado más de una vez Bourdieu (2002: 35)- como si el campo académico (empezando por el sociológico) más sólido, contrastado y confirmado no hubiera hecho lo mismo durante siglos. Quizás esta dura invectiva contra el campo periodístico excluyendo la recepción, aunque sociológicamente brillante, no deja de evidenciar el encontronazo de Bourdieu contra la comunicación misma y con la parte menos codificada y estructurada de lo social, allí donde entre el texto y el destinatario hay negociación de (y lucha por) el sentido, construcción de significados en redes discursivas que se mezclan y se confrontan desde posiciones sociales concretas. Evidentemente aquí se mezclan información, conocimientos, emoción, ritos, mitos, identidades, “sentidos comunes”, hay mediaciones y efectos contradictorios de los poderes y muchas cosas más, pero es difícil conocerlas si se las desprecia como simples y generales autoengaños y deformaciones precientíficas, se sitúa al frente de este reino de las sombras como máximo responsable a la televisión y los periodistas y, finalmente, se acaba proponiendo como único modelo de conocimiento social los saberes epistemológicamente controlados por los poderes académicos.

Al llevar a cabo una evaluación detallada sobre las aportaciones de Pierre Bourdieu al estudio del lenguaje y la comunicación en todos sus ámbitos vemos pues que nos remite a un concepto central en este programa de investigación, como es el de mercado lingüístico, y a las categorías que componen el centro de su obra sociológica (campo, habitus, violencia simbólica, etc.) relacionando el cuerpo general de su teoría con su concepción específica del lenguaje, la comunicación y los medios de masas. Más los límites que las concepciones de Bourdieu imponen al conocimiento de los actos de enunciación van arrastrándose e incluso aumentándose a lo largo de su obra, por la excesiva rigidez de sus herramientas conceptuales, por el “reproductivismo” de sus planteamientos y por el estilo particular de su análisis de discurso y los medios, más preocupado por ser una ilustración de su teoría que por realizar un análisis concreto de la realidad lingüística y comunicacional concreta. La enorme contribución intelectual de Bourdieu para fundamentar una auténtica sociología política de la comunicación -como una análisis de la reproducción de los poderes simbólicos en las situaciones comunicativas-, es, sin embargo, limitada por el escaso papel que juegan en su obra los actores sociales concretos en la creación de situaciones de habla incrustadas en sus posiciones sociales. La homología con el capital económico y el excesivo “dominocentrismo” de su obra imponen restricciones para observar e interpretar las posibilidades de construcción social y lingüística de la realidad y de acción comunicativa y resistente de la cultura popular en los mundos de la vida cotidiana.

En todo caso, la obra de Bourdieu y sus conceptos se han constituido hoy como fuentes principales para el análisis sociológico de los discursos y las funciones sociales del lenguaje, así como de la jerarquía de actos comunicativos y sus efectos concretos y cambiantes sobre la estructura social, lo que no remarca suficientemente nuestro autor es que si bien los actos comunicativos son fundamentales para mantener el estado de las cosas también pueden contribuir a transformarlas o reformarlas. En este punto el legado que nos deja Bourdieu es inmenso, los discursos forman un campo lingüístico en que se

---

frente al abuso de los planteamientos científicos o formales que acaban poniendo a la sociedad al servicio de la ciencia. Finalmente García-Canclini (1998: 35) argumenta, con razón, del epistemocentrismo de Bourdieu y de la inutilidad de la separación radical entre los discursos gnoseológicos y discursos comunicacionales.

reproducen los poderes sociales, incorporándose –tomando cuerpo, incrustándose- en nuestras propias percepciones y en nuestra disposición para la acción o la reacción. Pero este legado nos deja sin las herramientas para un análisis de la producción y la recepción concreta de los discursos por parte de los sujetos concretos, de las posibilidades dialógicas e intersubjetivas del lenguaje, de la toma del valor –político- de los significados cotidianos en los hablantes, de la capacidad creativa y reflexiva del lenguaje en los sujetos dominados, y, en suma de las formas en las que en la discursividad abierta afloran las contradicciones y diferencias entre los hablantes, como sujetos estos de grupos sociales que transportan representaciones, imágenes y símbolos que estructuran conflictivamente imaginarios colectivos que hay que interpretar. El mayor homenaje a Bourdieu, el más respetuoso y certero con el enorme valor de su obra es seguir pensando en estos puntos en que los esquemas más rígidos de su obra no le permitieron pensar. Muchas personas en un inmediato futuro abrirán esos espacios y traspasarán esas fronteras y con ello le darán la mejor dimensión posible a la obra de Bourdieu, el de ser una herramienta para la más abierta y libre práctica intelectual inevitablemente tomada como práctica social.

### **Referencias bibliográficas**

ABRUZZESE, A. y MICONI, A. (2002), Zapping. Sociología de la experiencia televisiva, Madrid, Cátedra.

ACCARDO, A. (1998), Journalistes precaires, Burdeos y París, Le Mascaret.

ACCARDO, A. y CORCUFF, Ph. (1998), La sociologie de Bourdieu. Textes choisis et commentés, Burdeos y París, Le Mascaret, 2º reimp.

ADDI, L.(2002), Sociologie et anthropologie chez Pierre Bourdieu, París, La Découverte.

ALEXANDER, J.C. (2000), La réduction. Critique de Bourdieu, París, Cerf.

ALONSO, L.E. (1998), La mirada cualitativa en sociología, Madrid, Fundamentos.

ALONSO, L. E. (2002a) “Pierre Bourdieu *in memoriam* (1930-2002). Entre la bourdieumanía y la reconstrucción de la sociología europea” en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 97, enero-marzo, pp 9-28.

ALONSO, L. E. (2002b) “Los mercados lingüísticos o el muy particular análisis sociológico de los discursos de Pierre Bourdieu”, en Estudios de Sociolingüística, nº 3, vol 1., pp. 111-131.

ALONSO, L.E. y CALLEJO, J. (1999), “El análisis del discurso: del postmodernismo a las razones prácticas”, en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 88, octubre-diciembre, pp. 37-75.

BACHELARD, G. (1985), La formación del espíritu científico, Barcelona, Palenta-Agostini.

BAJTIN, M. (1986), Problemas de la poética de Dostoievski, México, Fondo de Cultura Económica.

BAJTIN, M. (1987), La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento, Madrid, Alianza.

- BAUDRILLARD, J. (1996), El crimen perfecto, Barcelona, Anagrama.
- BAUDRILLARD, J. (2000), Pantalla total, Barcelona, Anagrama.
- BAUMAN, Z. (2002a), La cultura como praxis, Barcelona, Paidós.
- BAUMAN, Z. (2002b), La hermenéutica y las ciencias sociales, Buenos Aires, Nueva Visión
- BELTRÁN. M. (1991), Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- BENJAMIN, W. (1991), Para una crítica de la violencia y otros ensayos (Iluminaciones IV), Madrid, Taurus.
- BONNEWITZ, P. (1998), Premières leçons sur la sociologie de Pierre Bourdieu, París, Presses Universitaires de France.
- BOUILLOUD, J.P. (1997), Sociologie et société. Epistemologie de la réception, París, Presses Universitaires de France.
- BOURDIEU, P. (1985), ¿Qué significa hablar?. Economía de los intercambios lingüísticos, Madrid, Akal.
- BOURDIEU, P. (1988), La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Madrid, Taurus
- BOURDIEU, P. (1990), Sociología y cultura, México, Grijalbo
- BOURDIEU, P. (1991a), El sentido práctico, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P. (1991b), La ontología política de Martin Heidegger, Barcelona, Paidós.
- BOURDIEU, P. (1995), Las reglas del arte. Génesis y estructuras del campo literario, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1997a), Capital cultural, escuela y espacio social, México, Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (1997b), Sobre la televisión, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1999a), "De nuevo sobre la televisión", en Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal, Barcelona, Anagrama, pp. 1007-116.
- BOURDIEU, P. (1999b), Intelectuales, política y poder, Buenos Aires, Eudeba.
- BOURDIEU, P. (2000a), Poder, derecho y clases sociales, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- BOURDIEU, P. (2000b), Cuestiones de Sociología, Madrid, Istmo.
- BOURDIEU, P. (2001a), Langage et pouvoir symbolique, París, Seuil/Points.
- BOURDIEU, P. (2001b), Contre-feux 2, París, Raison d'Ágir
- BOURDIEU, P. (2002), Lección sobre la lección, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. y BOLTANSKI, L. (1975), "Le fetiche de la langue", Actes de la Recherche en Sciences Sociales n° 4, pp. 2-35.
- BOURDIEU, P. y EAGLETON, T. (2000), "Doxa y vida ordinaria", en New Left Review, Edición en castellano n° 0, enero, pp. 219-231.
- BOURDIEU, P. Y WACQUANT, L. (1994), Per a una sociologia reflexiva, Barcelona, Herder.

- BOURDIEU, P. y WINKIN, Y. (2002), "Preface" a Cicourel, A.V. Le raisonnement médical, París, Seuil.
- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.C. y PASSERON, J.C. (1976), El oficio de sociólogo, México, Siglo XXI.
- BOYER, M. (1996), Éléments de sociolinguistique. Langue, communication et société, París, Dunod, 2ª ed.
- BURKITT, I. (1998), "The Death and Rebirth of the Author: The Bakhtin Circle and Bourdieu on Individuality, Language and Revolution", en GARDINER, M. Y BELL, M. M. (Eds.) Bakhtin and the Human Sciences. No last words, Londres, Sage, 198-219.
- CAILLÉ, A. (1994), Don, inérêt et désintéressement. Bourdieu, Mauss, Platon et quelques autres, París, La Découverte.
- CALHOUM, C.J. (1992), "Habitus, Field of Power and Capital: The Question of Historical Specificity", en CALHOUM, C.J., LIPUMA, E. y POSTNE, M. (Eds.), Toward a Reflexive Sociology: The Social Theory of Pierre Bourdieu, Cambridge, Polity Press., pp.32-45
- CALVET, L.J. (1998), La sociolinguistique, París, Presses Universitaires de France.
- CALVET, L.J. (2002), "Bourdieu et la langue", en Sciences Humaines, número especial fuera de colección, marzo, pp. 58-61.
- CALLEJO, J. (1995), La audiencia activa, Madrid, CIS/Siglo XXI.
- CALLEJO, J. (2000), "Medios, género y poder", en GARCÍA DE CORTAZAR, M Y CARCÍA DE LEÓN, Mª A. (Eds.), Profesionales del periodismo, Madrid, CIS/Siglo XXI, pp. 1-31.
- CALLEJO, J. (2001), Investigar las audiencias. Un análisis cualitativo, Barcelona, Paidós.
- CASETTI, F. y di CHIO, F. (1999), Análisis de la televisión, Barcelona, Paidós.
- CASTORIADIS, C. (1997), L' institution imaginaire de la société, París, Seuil/Points, edición revisada y definitiva.
- CERTAUX, M. de (1990), L' invention du quotidien 1. Arts de faire, París, Gallimard/Folio
- CIANCAGLINI, S. (2002), La revolución del sentido común, Buenos Aires, Sudamericana.
- CICOUREL, A. (1979), La Sociologie cognitive, París, Presses Universitaires de France.
- CORCUFF, Ph. (2002), "Sociologie et engagement: nouvelles pistes épistémologiques dans l' après 1995", en LAHIRE, J. (Ed.) À quoi sert la sociologie?, París, La Découverte.
- CURRAN, J., MORLEY, D. y WALKERDINE, V. (Eds) (1998), Estudios culturales y comunicación, Barcelona, Paidós.
- CHAMPAGNE, P. (1990) Faire l' opinion París, Minuit.
- CHAMPAGNE, P. (1993), "La ruptura con las pre-construcciones espontáneas o cultas", en, en Champagne, P. y otros, Iniciación a la práctica sociológica, México, Siglo XXI, pp. 164-220

- CHAMPAGNE, P. (2002), "Homenaje a Pierre Bourdieu y la sociología crítica" en Archipiélago nº 51, junio-julio, pp. 114-119.
- CHOMSKY, N. (1983), Reglas y representaciones, México, Fondo de Cultura Económica.
- DELACROIX, CH., DOSSE, F. , GARCÍA, TREBITSCH, M. (dirs.), Michel de Caertau. Les chemins d'histoire, Paris, Complexe.
- DURKHEIM, E. (1988), Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales, Madrid, Alianza.
- DOSSE, F. (2002), Michel de Certeau. Le marcheur blessé, París, La Découverte.
- ECO, U. (1985), "¿El público perjudica a la televisión?", en Moragas, M. (Ed.), Sociología de la comunicación de masas vol. I. Escuelas y autores, Barcelona, Gustavo Gili, pp. 176-197.
- ECO, U. (1992), Los límites de la interpretación, Barcelona, Lumen.
- ELIAS, N. (1990), Compromiso y distanciamientos, Barcelona, Península.
- ESQUENAZI, J.P. (2002), L' écriture del' actualité Pour une sociologie du discours médiatique, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- FAIRCLOUGH, N. (1992), Discourse and Social Change, Cambridge, Polity Press.
- FAIRCLOUGH, N. (1995), Critical Discourse Analysis, Londres, Longman.
- FERRY, L. y RENAUT, A. (1988), Heidegger et les modernes, París, Grasset.
- FOUCAULT, M. (1973), El orden del discurso, Barcelona, Tusquets.
- FOUCAULT, M. (1978), La voluntad de saber. Historia de la sexualidad vol.1, Madrid, Siglo XXI.
- GADAMER, H.G. (1998), El giro hermenéutico, Madrid, Cátedra.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1990), Prólogo a Bourdieu (1990)
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1998), "De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio", en Causas y Azares nº 7, invierno, pp. 26-41.
- GARFINKEL, H. (1984), Studies in Ethnomethodologie, Oxford, Polity Press.
- GIROUX, H.(1992), Teoría y resistencia en educación, México, Siglo XXI.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J.C. (1992), Lo culto y lo popular, Madrid, La Piqueta.
- HABERMAS, J. (1991), Conciencia moral y acción comunicativa, Barcelona, Península.
- HALIMI, S. (1997), Les Nouveaux chiens de garde, París, Liber/Raisons d'agir.
- HOWARTH, D. (2000), Discourse, Buckingham, Open University Press.
- JAUSS, H.R. (1978), Pour une esthétique de la réception, París, Gallimard.
- JENKINS, R. (2002), Pierre Bourdieu, Londres, Routledge, 2ª ed. revisada.
- KAPUSCINSKI, R. (2002), Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo, Barcelona, Anagrama.
- KUNDERA, M. (2000), El arte de la novela, Barcelona, Tusquets, 3ª ed.

- LANE, J.F. (2000), Pierre Bourdieu. A critical introduction, Londres, Pluto Press.
- MAUSS, M. (1978), Sociologie et anthropologie, París, Presses Universitaires de France.
- LEJEUNE, Ch. (2001), Carnets du Bord. Revue de Jeunes Chercheurs en Sciences Humaines, nº2, diciembre, pp. 56-67.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1987), De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, Barcelona, Gustavo-Gili.
- MARTÍN-BARBERO, J. y REY, G. (1999), Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva, Barcelona, Gedisa.
- MESTHRIE, R.; SWANN, J.; DEUMERT, A. y LEAP, W.L. (2000), Introducing Sociolinguistics, Edinburgo, Edinburgh University Press.
- MONGIN, O. (1998), L'Après 1989. Les nouveaux langages de la politique, París, Hachette.
- MONGIN, O. y ROMAN, J. (1998), "Le populisme versión Bourdieu, ou la tentation du mépris", en Esprit, julio.
- MONOD, J.C. (2001), "Una politique du symbolique?" en LAHIRE, B. (Ed.), Le travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques, París, La Découverte/Poche, pp. 231-255.
- MOUNIER, P. (2001), Pierre Bourdieu, une introduction, París, Pocket/La Découverte.
- MUÑOZ PARDE, V. (1987), "Bourdieu y su consideración social del lenguaje", en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 37, enero-marzo, pp.41-57.
- PEYTARD, J. (1995), Mikhaïl Bakhtine. Dialogisme et analyse du discours, París, Bertrand Lacoste.
- QUEMAIN, M. A. (2002), "Ética, compromiso y conocimiento. Entrevista con Pierre Bourdieu" en Letra Internacional, nº 75, pp.11-22.
- RAMONET, I. (2000), La golosina visual, Madrid, Debate/De Bolsillo.
- RAMONET, I (2002), La tiranía de la comunicación, Madrid, Debate/De Bolsillo.
- RANCIÈRE, J. (1997), La nuit des prolétaires, París, Hachette/Pluriel.
- RANCIÈRE, J. y otros (1994), L'empire du sociologue, París, La Découverte.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. (2002), Pierre Bourdieu. Sociología y subversión, Madrid, La Piqueta.
- ROMAINE, S. (1994), Language in Society. An Introduction to Sociolinguistics, Oxford, Oxford University Press.
- ROSSI-LANDI, F. (1970), El lenguaje como trabajo y como mercado, Caracas, Monte Avila.
- ROSSI-LANDI, F. (1976), Semiótica y estética, Buenos Aires, Nueva Visión.
- SANKOFF, D. Y LEBERGE, S. (1978), "The Linguistic Market and the Statistical Explanation of Variability", en SANKOFF, D. (Ed.), Linguistic Variation, Models and Methods, Nueva York, Academic Press, pp. 239-250.
- SCHNEIDERMAN, D. (1999), Du journalisme après Bourdieu, París, Fayard.
- SEARLE, J.R. (2001), Mente, lenguaje y sociedad, Madrid, Alianza

- SERNA, J. (2002), "La televisión y el mal. El caso de Pierre Bourdieu", en Claves n° 120, marzo, pp. 58-63.
- SPITTLE, S. (2002), "Producing Tv: Consuming Tv", en MILES, S. y Anderson, A. y Meethan, K. (Ed.), The Changing Consumer", Londres, Routledge, pp. 56-73.
- THOMPSON, J.B. (1984), "Symbolic Violence, Language and Power in the Writings of Pierre Bourdieu", en Studies in the Theory of Ideology, Cambridge: Polity Press, pp. 42-72.
- THOMPSON, J.B. (1998), Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación, Barcelona, Paidós.
- TOURAINÉ, A. (2002), "Le sociologue du peuple" en Sciences Humaines, número especial fuera de colección, marzo, pp. 16-21.
- VAZQUEZ GARCÍA, F. (2002), Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón, Barcelona, Montesinos.
- VERDÈS-LEOUX, J. (1998), Le savant et la politique. Essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu, París, Grasset.
- VIDAL BENEYTO, J. (Ed.), (2002) La ventana global, Madrid, Taurus/UNESCO.
- WODAK, R. (2000), "¿La sociolingüística necesita una teoría social? Nuevas perspectivas en el Análisis Crítico del Discurso", en Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad, vol. 2, n° 3, septiembre, pp. 123-149.
- WOLF, M. (1994), Los efectos sociales de los media, Barcelona, Paidós.
- WOLTON, D. (2002), "Une critique de la critique: Bourdieu et les médias", en Sciences Humaines número especial hors de serie, pp 72-76.